

HCR
056
R454-rc

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION PARA EL HOGAR

SARA CASAL Vda. de QUIROS, Directora

SAN JOSE

— COSTA RICA —

AMERICA CENTRAL

Año XII

— Domingo 10 de Enero de 1943 —

No. 540

Para los Polacos Combatientes



El arzobispo de Nueva York, Mons. Francis J. Spellman, bendice unas ambulancias donadas a las fuerzas de los polacos combatientes. El acto, en el cual participaron más de cien mil ciudadanos norteamericanos y polacos, formó parte de las ceremonias para conmemorar la memoria del Gral. Pulaski, quien combatió al lado de Jorge Wáshington en la guerra de independencia.



ROYAL FASHIONS

— TIENDA DE MODAS DE CARIDAD DE BLEN —

OFRECE A SU DISTINGUIDA CLIENTELA

Bellísima Ropa Interior para Señoras; Finísima Ropa para niños. Constantemente recibimos nuevo surtido de elegantísimos vestidos de calle, baile, etc. Jackets de piel finísima, legítimo zorro plateado. ABRIGOS DE VERANO. Ropa de Veraneo. Calzado Americano. Elegantes carteras de señora.

Visítenos y encontrará lo que desea.

Frente a la Clínica del Doctor Figueres

TELEFONO 2266

A la Virgen de Guadalupe

El pensil de mis ensueños
Ya no tiene ruisenores,
Se han marchitado las flores
Que regó la inspiración:
Sólo se escucha en la noche
Del desierto de mi vida
La pobre tórtola herida
De mi triste corazón.

Pero al llegar, Madre mía,
Tus recuerdos a mi mente,
Soñando en la Patria ausente,
veo tu Faz virginal
Derramando entre tus hijos
Esperanzas y ternuras,
Como promesas futuras
De ventura celestial.

Y ante tu materno anhelo,
Que endulza mi amargo llanto,
Brotó siempre un nuevo canto
De mi trémulo laúd;
Brotó una nueva violeta
En mi huerto solitario,
Que te ofrenda en tu Santuario
Mi amorosa gratitud.

Brotó un intenso cariño
En los pechos mexicanos,
Que no pueden los tiranos
Extinguir con su rigor.
Y en doce de diciembre,
Sintiendo emociones santas,
Todo tu pueblo a tus plantas
Te ofrece su eterno amor.

El Paso, Tex 12-12-36.

L. Anchondo.

Betina de Holst Hijos

Constantemente tiene un gran surtido de lanas en inmensa variedad de clases y colores. Gran variedad de labores de mano y sus materiales. Gran variedad de manteles bordados y estampados en colores. Carteras en todos colores.

Cintas de Gró, Raso y Tafetán, en todos colores y anchos.

Apoye la buena prensa, suscribiéndose a "Revista Costarricense"

DIRECTORA:
SARA CASAL Vda. DE QUIROS
Apartado 1239
Teléfono 3707
OFICINA mi casa de
habitación
BARRIO: La California
Av. 1ª Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica
Concedida y aprobada por Su Santidad Pío XI

Suscripción semanal

— de —

cuatro números

₡ 1.00

AÑO XII

San José, C. R., 10 de Enero de 1943

No. 540

¡Bien Venido Seas Año 1943!!

¡Bienvenido seas Año 1943! traednos la Paz del mundo, esa Paz que sólo Dios con su gran poder puede darnos.

Los humanos somos tan ingenuos, pensamos que al cambiar el número de un año a otro cambiará la vida y la felicidad nos llega en una carabela navegando en un mar sin borrascas, reflejando un cielo azul sin nubes, cual cesta cargada de dichas sin cuento a ofrecérnoslas para que las gocemos intensamente; pensamos que esa carabela deja tras sí su huella de dolores y desengaños que desaparecerán como el año que acaba de concluir, para siempre y no es así. Viene un año y tras de él otro y otro y la vida es la misma... un camino muy estrecho, cuyos bordes están cuajados de espinas y abrojos, de cuando en cuando una delicada flor adorna el paisaje... los mejor preparados espiritualmente recorren el camino valientemente, luchan, y se aprovechan del perfume de la flor que en él encuentran, y su confianza en Dios los hace abandonar a su voluntad y son felices hasta donde se puede ser feliz en esta vida.

La única, la verdadera felicidad es la del deber estrictamente cumplido, el primer deber del ser racional es el cumplimiento de las leyes divi-

nas que nos traen en sí todos nuestros deberes, y aquellos que viven cumpliendo con todos los deberes viven con su conciencia tranquila y esperan en esa eternidad donde únicamente se goza de felicidad completa.

Nuestros deberes para con Dios son los primeros que debemos cumplir pues es a El a quien le debemos nuestra existencia, somos sus hijos y debémosle culto, adoración, obediencia y todo nuestro amor debe ser para El. La menor de nuestras faltas constituye una gran ofensa a la Divinidad porque es a un Dios infinito a quien se infiera, y no tratemos de disculparnos, ni de forjar excusas, si no se ama a Dios se le ofende tranquilamente.

Esta vida es muy corta, muy pronto llegará el término de ella, y entonces nos arrepentiremos de las desobediencias a la divinidad... pero será tarde... no tendremos tiempo de mostrarle a Dios un cariño sincero, sin claudicaciones.

Ojalá que en el año 1943 termine la guerra y entonces, ante el fracaso moral la humanidad tendrá que cambiar de rumbo y comenzar una renovación de costumbres.

H
056
R454nc

REFLEXIONANDO

Vivir... Vivir... pero vivir con conciencia de lo que se hace, no como animales irracionales que no saben lo que hacen y cuyas necesidades materiales es su única preocupación porque el cuerpo de ellos se los exige.

Desgraciadamente muchos seres humanos viven como animales y su única preocupación es la satisfacción de sus apetitos, jamás se detienen a meditar en su misión en la vida, en si pueden aspirar a ser mejores, a ser útiles a sus semejantes, a desempeñar un papel en la vida social que les dejará la satisfacción de haber pasado por ella haciendo el bien desinteresadamente.

El egoísmo impera, la mayoría de los corazones viven indiferentes ante el dolor, ante la indigencia, ante los males sociales.

Pensar en las consecuencias de esa vida dispada que llevan tanto las mujeres como los hombres, pensar en que la vida no es para llevarla en satisfacer la lujuria, el lujo y los placeres desordenados... eso es tontería, eso es hipocresía... no hay derecho para no gozar, la vida pasa y hay que aprovecharla lo mejor posible... así piensan muchos.

Para otros la vida se concreta a hacer dinero, su única ilusión es trabajar para amontonarlo y no hay satisfacción mayor para esos seres que hacer un buen negocio para ir al banco a depositar sus ganancias, sin pensar en que ese dinero podría hacer la felicidad de muchos hogares.

¿Por qué los ricos no se detienen a calcular que bien podrían ellos gastar todos los intereses de sus cuantiosas fortunas en vivir cómodamente, darle gusto a sus hijos, una buena educación y prepararlos para la vida con una buena profesión y el resto repartirlo entre obras de beneficencia y a socorrer las necesidades de los pobres.

¡Cuántos capitales derrochan los hijos después de muertos sus padres por carencia de una buena preparación moral e intelectual!

Dios es el mejor pagador y como a El no se le puede ocultar lo íntimo de nuestros senti-

mientos, sabe recompensar con generosidad todas nuestras buenas acciones y es por ello que los hijos reciben el fruto de lo que los padres sembraron. Ya en esta vida muchos reciben el fruto del desprendimiento de sus corazones generosos. Muy a menudo vemos hijos dotados de tantas cualidades y los padres se ven recompensados en ellos, a unos les da Dios salud, a otros talento, simpatía, virtudes que colman de felicidad a los padres que con su ejemplo formaron el corazón de ellos.

Los seres egoístas jamás gozan de felicidad completa, su mismo carácter reconcentrado los hace ser los seres más desgraciados del mundo. Hay un gran número de dichas pequeñas, de satisfacciones, de alegrías que jamás pueden gozar esos seres avaros cuya única preocupación son ellos mismos y sus familiares.

Sentir la dulce satisfacción de proporcionar la dicha a un niño pobre al obsequiarle un juguete, un vestido, un dulce, eso no lo saben sentir los egoístas. Saborear la dicha de ver el gozo de una madre que contempla la alegría de sus hijos al recibir regalos de Navidad... eso lo ignoran muchos ricos y tampoco saben que el placer del bien que se hace es más intenso que el que ellos sienten cuando contemplan la alegría de sus hijos, de sus nietos al obsequiarles sus valiosos juguetes y saben por qué?... porque Dios Poderoso es el que nos hace sentir todo y como es tan justo dá a cada uno como se lo merece.

Hay tantas maneras de hacer la felicidad de nuestros semejantes, unas veces la felicidad es mayor porque la necesidad socorrida es inmensa y no hay palabras con qué expresar el agradecimiento como tampoco existen palabras para expresar el dolor sentido al ver la indiferencia del rico ante los dolores intensos de la vida.

Para algunas personas hacer sufrir a los demás es su más dulce satisfacción... jamás se detienen a meditar en el dolor que causan con sus proceder, humillan a sus semejantes por el placer de hacerlos sufrir. Más no piensan que dice la Sagrada Escritura: "Con la vara que

mides serás medido y Dios que es todo justicia y amor se encargará de castigarlos severamente como sólo El lo sabe hacer, no como Dios castigador porque Dios es todo amor, sino como Dios justiciero.

El perdonar es otro de los sentimientos que ignoran los corazones egoístas, viven con el odio en sus corazones y muchas veces ni la muerte los detiene para ser indulgentes. Una vez nos decía una persona, inteligente y buena... yo no olvido ni perdono a quien me hace la menor ofensa y pienso como dicen: el manjar de los dioses es la venganza; yo soy así y no puedo ser de otra manera; esa persona a pesar de ser caritativa y generosa o es feliz y pensamos que a Dios le agrada más el perdón a sus semejantes porque El mismo nos dió su mejor ejemplo al morir, pues una de sus últimas palabras fueron: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen" y esto lo pedía para quienes lo crucificaban!...

Nos decía una persona muy sensata, por

negocio es mejor ser bueno en esta vida, pues los buenos viven en paz con sus conciencias y con sus vecinos y todo el mundo los quiere

Que este nuevo año nos haga pensadores para que reflexionemos mucho en todo lo que hacemos, para ser mejores, para agradar a Dios que nos está mirando y de ninguna manera puede gustarle que vivamos como animales, somos sus hijos queridísimos, a todos nos ama, con nuestros defectos y su mayor deseo es que seamos perfectos como El lo es. Nada le complace más que nuestros esfuerzos para agradarle, nos vé, no nos abandona, nos envía su Espíritu Santo para que nos inspire en todo y nosotros debemos secundar las inspiraciones de la gracia y pensar que esta vida es muy corta y que lo que más debe interesarnos es la vida eterna... y es en esta vida que debemos trabajar para obtener méritos y para merecer esa eternidad donde seremos completamente felices.

Sara Casal Vda. de Quirós



Un Año Más de Vida de Revista Costarricense

Un año más de vida tiene REVISTA COSTARRICENSE, nuestra labor ha sido constante y tenaz, laborando contra viento y marea, siempre firmes, siempre adelante, confiadas en la voluntad divina que todo lo puede y pidiéndole a Dios que ella haga todo el bien que desea.

Nuestra mayor satisfacción sería saber que hace mucho bien a las almas, que fuera como el ramito de olivo que la Mensajera del Señor llevó al Arca de Noé y que a imagen de ese ramito, nuestra revista llegue humildemente a los hogares que la reciben llevándoles con su lectura un rato de paz a los corazones, de consuelo a las almas probadas por el dolor, de fortaleza a los que tienen que luchar con las amarguras de la vida y a inspirar mucho amor y obediencia a Dios y a la Santísima Virgen.

Para mayor complacer a nuestros lectores hemos consultado a varias personas si seguimos la ruta que hasta ahora hemos seguido; le hemos consultado a liberales si la hacemos con lectura menos seria, si la hacemos menos religio-

sa y hemos tenido la satisfacción de oír su contestación: "Siga usted la ruta emprendida, si se ha sostenido tantos años es porque sus lectores están satisfechos de su labor, continúe haciendo el bien, que en ella encontramos lectura para el gusto de todos".

Le hemos consultado a personas piadosas y nos han dicho: la encontramos cada vez más espiritual y muchas de sus lecturas nos sirven para meditación espiritual.

Y las personas jóvenes nos dicen: la novelita es tan bonita, hay tantas cosas que nos instruyen, las recetas de cocina son tan útiles... Y un apreciable joven nos decía, lo que más me interesa son los problemas de salud...

Pero no crean nuestros bondadosos lectores que estamos satisfechas, deseamos que nuestra revista sea cada día mejor, más interesante y con lectura que satisfaga a todos y sobre todo como ya lo dijimos, que haga mucho, muchísimo bien a las almas y por ello suplicamos a nuestros suscritores que nos ayuden con su opinión,

que nos digan qué clase de lectura les agradaría más y cuando encuentren artículos interesantes nos los envíen para reproducirlos y si esos artículos no los reproducimos es porque el Censor de nuestra revista no los encontró oportunos o tenían algo erróneo en su fondo.

Este año hemos tenido mayor colaboración, valiosas plumas nacionales y extranjeras han dado brillo a nuestra revista con sus magníficas producciones literarias por lo que les enviamos nuestros más sinceros agradecimientos y felicitaciones por el éxito alcanzado por ella.

Felicitaciones las hemos recibido en el país de personas cultísimas que nos alienta por nuestra labor, también hemos recibido felicitaciones del exterior, desde la Argentina, allá en los conventos donde la paz reina, allá es leída nuestra

revista y también nos alientan porque saben que la Buena Prensa es muy poco apoyada y es más bien combatida por el bien que hace, nos dicen: no desmaye en su labor, por nada ni por nadie la deje usted, aunque no la apoyen aquellos de quien espera usted el mayor apoyo, no le importe, Dios la apoyará y eso basta.

Y seguimos el camino emprendido, sin pretensiones, sin confiar en nosotros mismos, pero con gran confianza en Dios, rogándole que envíe sus bendiciones sobre los hogares de las bondadosas personas que nos sostienen sea con sus suscripciones y con sus anuncios, apoyando de esa manera la Buena Prensa tan necesaria en estos momentos y tan recomendada por los Sumos Pontífices.

Sara Casal Vda. de Quirós.

Un Nuevo Año

Un nuevo año acaba de nacer y ante su cuna, rosada de ilusiones e iluminada de esperanzas, conviene detenerse un momento.

¿Qué traerá para nosotros este chiquillo rubicundo y travieso, que sólo vivirá doce meses y que se llama "1943"?

¿Será bueno, malo o regular?

¿Será su reinado de paz sobre la tierra, que tan necesitada está de ella...

¿Traerá en su aljaba las flechas de oro de la prosperidad?...

Su nacimiento ha sido entre risas y músicas, cascabeles y felicitaciones, entre volar de serpentina y luminarias de cohetes, entre can-

ciones y taponazos de champán... Pero, ¿cómo será la canción fúnebre que le dediquemos cuando nos abandone, una vez transcurrido su efímero reinado?...

¿Tendremos que maldecirle por sus maldades o sentiremos su marcha como la de un amigo bien querido?...

Ante la cuna del año recién nacido conviene meditar.

Hay que recordar el nacimiento del año anterior, nuestros propósitos de entonces...

Y pensar: ¿Hemos cumplido todos aquellos buenos propósitos?...

SOLO

Jabón SAN LUIS

con su espuma menuda y PERSISTENTE, le dará a Ud.

BUEN RENDIMIENTO

EN EL LAVADO
DE SU ROPA

Agustín Castro & Cía.
Jabonería PALMERA

¿Hemos realizado todas las buenas obras que pensábamos comenzar ...

¿Emprendimos los trabajos y los estudios que prometimos?...

¡Cuántas veces dirá que "No" nuestra conciencia ante estas interrogaciones!... ¡Si somos sinceros, cómo nos arrepentiremos del año que hemos malogrado!...

Pero si yo os traigo de mi mano junto al año que acaba de empezar, no es sólo para que tengáis unos minutos de arrepentimiento tardío, sino para que meditéis de nuevo... para que reflexionéis sobre lo que vais a hacer ahora...

¿Es aún tiempo de comenzar lo que tenéis olvidado?...

¿Vuestra vida ha cambiado en tal forma que ya no os interesa lo que admirabais ayer?...

En estos breves momentos en que os halláis conmigo ante la cuna del año nuevo haced vibrar vuestra alma con un ritmo nuevo también.

Desechad, como un traje viejo, las preocupaciones, las desilusiones, los malos recuerdos, las timideces absurdas, las inactividades perjudiciales, las dudas que os ensombrecen, los odios, los rencores...

Vestíos con un traje blanco y puro, como el de una recién desposada, y llenad vuestra alma de nuevas ilusiones, de esperanzas, de juveniles energías, de nobles deseos espirituales, de

actividad fructífera, de luminosidad sonriente, de amor hacia la bondad, la belleza y el bien, de afán de perdonar siempre, de ternura, de caridad, de comprensión...

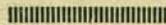
En el año que comienza es preciso hacer firme propósito de mejoramiento espiritual, de avanzar por el camino de la vida con paso firme, aire resuelto, la cabeza en alto y la sonrisa en los labios, sin vacilaciones ni decaimientos, con decidida voluntad de ser hoy mejores que ayer, mañana mejores que hoy, sin mirar hacia atrás y fija siempre la mirada en el porvenir.

No hay obstáculos en la vida que no se venzan con una voluntad resuelta. Pero para que éste encuentre el aliciente necesario para obrar, es preciso que la ilumine la inteligencia presentándole los nobles atractivos, las inmensas satisfacciones que tiene la práctica del bien.

De aquí la conveniencia de una reflexión sana y bien orientada, la oportunidad de un consejo a tiempo, el valor inapreciable de una buena lectura.

Si aceptáis mi consejo y procuráis seguir durante todo el año estos generosos propósitos, estoy segura de que me quedaréis muy agradecidas de que os haya hecho detener unos momentos ante la rosada cuna del sonriente año recién nacido.

Carmen Rosuel



Mors In Vita

La juventud, al perder el espíritu caballeresco, se ha envilecido, privándose de su mayor tesoro.

Froilán León.

El sudexpreso de lujo de la Côte d'Azur marchaba rápido atravesando los fértiles campos provenzales y bordeando el Mediterráneo que, en aquella región paradisíaca, como la denominó cierto rey, aparecía manso, sereno como un lago rizado con encajes de plata.

Diseminadas aquí y allá, escondidas entre el ramaje y asomando solamnete tal o cual pico o terracilla blanca, ya franca y abiertamente en

algún altozano del paisaje, una multitud de "villas" poblaban la maravillosa costa. Y envolviéndolo todo, dando vida y color a la belleza de la tierra, un sol de fantasías derramaba sus rayos de oro sobre la vegetación y sobre el mar, que parece un piélagos refulgente del augusto dosel del firmamento.

Gerardo Fontanar, recostado indolentemente en la muelle artificiosidad del coche-salón, dejaba vagar su mirada contemplando absorto, a través de la amplia vidriera, el panorama de ensueño que a su vista se presentaba.

Mirándole recordaba los versos de Mistral, el ruiñeñor de la Provenza, que:

sentía revivir viendo su tierra,

aunque él, Gerardo, no sentía, no, lo mismo que el poeta provenzal, sino, por el contrario, en vez de revivir con la contemplación de la naturaleza, su alma desfallecía de melancolía y laxitud espiritual.

Mejor que los de Mistral le cuadraban aquellos versos en los que la paloma de Avila, nuestra gran Teresa de Jesús, dice al morir por no hallar la muerte:

Que muero porque no muero.

¡Oh, sí, moría por eso, porque no moría! Era la exacta expresión de su actual estado de ánimo. ¿Acedía? ¿Tedio? ¿Agotamiento espiritual?

Por una extraña asociación de ideas se le vinieron a la mente las palabras que un italiano enamorado de Nápoles lanzaba en tono de exclamación: ¡E veder Napoli, e puoi morire!"

Eso. El ya había visto todo cuanto de bello contiene la tierra. Para él aquellos nombres de ciudades que antes de conocerlas le prometían

dulces sensaciones, no tenían ahora, después de verlas, ni el poder de una amable evocación; Roma, Venecia, Florencia... Atardeceres de Nápoles, viendo el ocaso del sol desde las alturas de Castellamare... Lisboa, intensamente romántica y bellísima, con sus noches de infinita poesía, arrulladas por la melodía sentimental de un fado. Europa toda, en fin, vista por él en un ansia de sensaciones y de vida.

Y ahora, después de haberlo contemplado todo, después de haber vivido "su vida", solamente le quedaba en el corazón tedio, cansancio, desgaste de vivir... "¡E veder Napoli, e puoi morire". Sí; tal vez la frase tuviera razón. Después de haber vivido "su vida", todo lo demás era sobrevivirse. ¡Pesada cruz!

—Perdón, señor. ¿Faltan aun muchas estaciones para Niza?

Quien le preguntaba era un joven oficial del ejército francés, que ocupaba un asiento frente al suyo.

Gerardo notó que aquella pregunta había sido hecho con ánimo de entablar conversación

*para más vigor
y energía*

*y para la
lactancia*

tome el sabroso

**EXTRACTO de MALTA
GAMBRINUS**



y, por sustraerse a sus pensamientos, añadió después de contestar:

—Si el paisaje no fuera una compensación, resultaría pesado tanto tren, ¿verdad?

—Ciertamente — contestó el militar, alegre de encontrar con quien conversar.—El tren cansa y, sobre todo, cuando se lleva en él mucho tiempo.

—Figúrese—prosiguió expansionándose,— desde hace tres días que estoy de viaje, si habré tenido tiempo de cansarme. Pero ahora, gracias a Dios, es por mi propia voluntad, y siempre nos son más soportables las molestias cuando las buscamos nosotros que cuando nos son impuestas.

Aquel muchachote fornido, de rostro abierto y franco, producía una sensación agradable de simpatía. Tal vez sus ademanes no fueran del todo diplomáticos; pero la nobleza toda de su persona hacía olvidar y disculpar en él cualquier gesto o ademán, más de cuerpo de guardia que de salón. Tras de ofrecerle un pitillo a Gerardo comenzó a contarle los motivos de viaje.

Venía nada menos que de Marruecos frances. Había desembarcado en Marsella y ahora se dirigía a Lourdes a cumplir una promesa hecha en momentos de peligro.

—¿Una promesa? — preguntó Gerardo extrañado de oír aquellas palabras en boca de aquel mozarrón que tenía delante.

—Sí—prosiguió el militar. La Virgen Blanca me salvó la vida una noche, en la que el enemigo estuvo a punto de matarme, y yo, en agradecimiento, prometí ir a Lourdes a visitar a mi salvadora.

El mozo estaba emocionado. Mientras hablaba, sus bellos ojos garzos aparecían humedecidos de ternura.

—Y usted, ¿no conoce Lourdes?

La pregunta fué hecha con tanto fervor, había tal cariño filial en aquellas palabras, que Gerardo se sintió avergonzado en su interior de no poder contestar afirmativamente.

—No, amigo mío. No lo conozco.

—Yo hace mucho tiempo estuve allí; de pequeñito mi madre me llevó a visitar a mi otra Madre.

¡Su otra Madre! Gerardo miró con fijeza

el oficial. Le interesaba aquel hombre que en vez de hablar con la mayoría de las jóvenes y de los militares de cosas mundanas, hablaba emocionado de "su milagro" ¡Y aquella otra Madre! ¡Y aquel acento con que fué pronunciado!

Siguieron charlando, mejor dicho, siguió hablando el militar, pues Gerardo solamente escuchaba y reflexionaba.

Tenía ante sí un espíritu ansioso de gloria, según se desprendía de sus palabras. La lucha le había señalado con aquella cicatriz que cruzaba su mejilla, el aire de los campamentos habíale curtido el rostro, y el reglamento habíale vigorizado la voluntad.

Contaría aquel muchacho próximamente la misma edad que él, y, sin embargo, ¡cuán distinto modo de mirar el porvenir! Dos juventudes, y ¡qué distinta la una de la otra!

Gerardo reflexionaba con tristeza, con esa tristeza que es como un ineludible castigo de la conciencia de la "Ley del deber" para con aquellos que más alejados están de ella, como un dolor vivísimo del que no se libran de tiempo en tiempo y que en la adolescencia flagela cual paternal aviso, en la juventud quema como una rezagada chispa brotada del rescoldo del honor, y en la vejez, ¡ah!, en la vejez pesa como un remordimiento.

Y de aquellas reflexiones nació la comparación de su juventud con aquella otra que tenía frente a sí: la de aquel soldado de la patria vigorosa, llena de brotes, de capullos, que más tarde, al abrirse, derramarían generosamente las nobles ideas que ahora estaban en germen.

Joyería Müller

En esta acreditada joyería encontrará usted: los relojes de las mejores marcas, garantizados; los mejores regalos para bodas, cristalería finísima, objetos de arte. Juegos de cubiertos de plata. Y en joyería hay para los gustos más refinados.

Frente a la Plaza de la Artillería.

Teléfono 2397

ra todo es claro, de esto estaríamos felices no así de lo otro, pues nos daría que pensar a los que somos sus papás o tutores que no les hemos procurado un gran bien para el futuro, sino la mayor desgracia cual es no respetar a DIOS en su santa casa, no siguiendo aquello que EL MISMO con gran énfasis dijo: "Escrito está: MI CASA

ES CASA DE ORACION; mas vosotros la tenéis hecha una cueva de ladrones" (del Evangelio de S. Lucas XIX, 41-47).

Y si los padres hemos cumplido nos dará satisfacción y tranquilidad; mas si no, tendremos siempre temor por nuestras debilidades y obligados a resarcir por ello.

ALMACEN ROBERT

Casa Especializada en Ropa Hecha

PRECIOS FIJOS SIN COMPETENCIA

San José - Teléfono 2081

Interesa Saber a los Nuevos Suscritores

Que en los meses de enero y febrero REVISTA COSTARRICENSE sale solamente dos veces al mes, pero cada número contiene el doble o más bien refundimos dos revistas en una. Contiene 8 páginas de novela en vez de 4, el doble de recetas de cocina y por todo 32 páginas en vez de 16. Esta ligera variación la hacemos para tomar un poco de descanso

pues como la revista es semanal, la tarea es grande y el descanso se hace necesario para mejor servir a los suscritores.

NUEVO AGENTE EN TRES RIOS

La señorita Dinorah Sanabria es la nueva Agente de Revista Costarricense en TRES RIOS.

Consejos a las personas espirituales, amantes de la perfección y de la verdadera devoción a MARIA SANTISIMA

Jesucristo dice en el sagrado Evangelio: BIENAVENTURADOS LOS LIMPIOS DE CONCIENCIA, PORQUE ELLOS VERAN A DIOS. Debemos procurar tener esta limpieza si queremos alcanzar la perfección y ver, por último, al Señor y a la Virgen Santísima en la patria celestial; por esto debemos andar con cuidado para no cometer faltas; mas si tenemos la desgracia de cometer alguna, no debemos por esto espantarnos ni acobardarnos, sino humillarnos, arrepentirnos y limpiarnos en el baño saludable

de la Penitencia; bien entendido es que es tan caz la virtud de este Sacramento, que no sólo destruye la culpa, sino que también da fuerzas para no volver a cometerlo, con tal que se reciba como se debe. Por esto muchos Santos, a fin de alcanzar y conservar esta pureza de corazón, tenían la costumbre de confesarse frecuentemente; así lo practicaban Santa Catalina de Sena, Santa Brígida, la Beata Caleta, etc.; y lo mismo hacían San Carlos Borromeo, San Ignacio de Loyola y San Francisco de Borja.

Y no es de admirar porque si los amantes del mundo se avergonzarían de comparecer a presencia de las personas que aman con alguna mancha en el semblante, ¿qué mucho que las almas amantes de Dios y de María Santísima procuren purificarse siempre más y más, para hacerse de este modo más amables a sus amados señores? Por esto quisiera que aquellos que veras deseen amar a Dios y a la Virgen Santísima, se confesasen por lo menos una vez por semana, o, lo más tarde, cada mes. Por este motivo, pues, he pensado arreglar un método práctico de confesarse bien y con brevedad las personas espirituales y que aspiran a la perfección y a la verdadera devoción de María Santísima.

Antes de explicar este método práctico, quiero dar algunas advertencias.

1ª—Que las mejores confesiones no son las más largas, sino las más dolorosas, dice San Ligorio.

2ª—Solamente hay obligación de confesar los pecados mortales; mas respecto de los veniales, no hay esta obligación, pero es mejor confesarlos; y será válida la confesión aunque no se digan los veniales.

3ª—Si alguna vez se tiene la desgracia de caer en pecado mortal, jamás debe callarse por temor, vergüenza u otro respeto humano; porque se haría mala confesión, y a más se seguirían de esta una multitud de sacrilegios y pecados muy enormes, como no pocas veces ha sucedido a personas espirituales seducidas por el demonio. Si le falta valor para decirle al confesor ordinario, que lo confiese con otro antes que callarlo y cometer maldad tan horrenda.

4ª—Decir con sencillez y naturalidad los pecados, si son de pensamiento, palabra u obra; si se han cometido consigo mismo o con otra persona, y de qué estado; en la inteligencia de que si son pecados de obra, no basta decir que se han tenido malos pensamientos.

5ª—Si se ha cometido algún pecado mortal desde la última confesión, o que nunca lo ha

confesado, no basta para confesarlo decir: **Padre me acuso de todos los pecados que he cometido**; ni tampoco con condición; verbigracia: **Padre, me acuso si he cometido algún pecado mortal**;

6ª—No disculparse jamás de las faltas de que se confiesa, porque el disculparse es señal que no tiene dolor de haberlos cometido, dice San Ligorio. A más de que ya se sabe que a quien se acusa, Dios lo excusa, y a quien se excusa, Dios lo acusa.

7ª—No detenerse en ponderar ni exagerar los motivos y ocasiones que ha tenido para pecar; pues nadie peca si no quiere pecar; el pecado es un acto libre de la voluntad, y en donde no hay voluntad no hay pecado. Si hubiese hecho como los mártires, antes morir que pecar, no tendría de qué acusarse.

8ª—No detenerse en la confesión en lamentarse y quejarse de sus males, de la pobreza, del mal genio y faltas de otras personas, y de lo mucho que te dan que sentir. Si se omiten todas estas explicaciones, en poco tiempo se podrá hacer bien toda la confesión, dice San Ligorio, mayormente si se deja aquel modo de expresarse, que no es bueno sino para gastar tiempo, como los que dicen: **Me acuso de lo poco que he amado y servido a Dios; de no haber cumplido con las obligaciones de mi estado; me acuso de no haber amado a mi prójimo**, y otras expresiones vagas en general, que, después de haber hablado una hora no han dicho nada. Lo que importa es decir las faltas con claridad, brevedad y franqueza, y descubrir las causas y raíces de ellas para quitarlas y arrancarlas; pues quitada la causa se quita el efecto, y arrancada la raíz no vuelve a retoñar. Debe procurarse esto de un modo particular, es decir, arrancar los vicios y plantar las virtudes; éste es el modo para llegar con facilidad y prontitud a la perfección; hacerlo de otra manera no es más que cortar los vicios para retoñar otra vez y enredar el alma como antes.

J. Frassinetti.

A. M. D. G.

Chispitas

En el fondo de cada corazón de nuestros Bautizados hay un caudal de principios religiosos prontos a florecer si trabajaran para ello con ahinco los operarios de la mies de Cristo...

Los actos exteriores influyen mucho en el espíritu y la uniformidad de esos actos despiertan interés y deseos de practicarlos... La Misa que es lo más sublime de nuestra fe cristiana, ha perdido para una mayoría su augusto sabor, por haberse perdido la costumbre de asistir a Ella, como parte integrante del Sacrificio. El Sacerdote y los fieles forman un todo en las oraciones que se dicen como preparación para hacer que el Señor baje a las Hostias que se consagran por el poder que el mismo Jesucristo confirió a los Apóstoles cuando después de obrar el inmenso milagro de la Transubstanciación díjoles: "*Haced esto en memoria mía*".

Es necesario que se aprenda a asistir a la Misa siguiendo plegaria por plegaria, cuantas componen dicho sublime acto. Los Católicos por antonomasia están de presente sin nada entender, ni distinguir una ceremonia de otra. Los más piadosos, asisten leyendo una Meditación cualquiera, rezando el Rosario, o cumpliendo devociones que se han impuesto. Poquísimos, así mismo las personas dedicadas al servicio de Dios y del prójimo, usan el Misal que es el libro que ha de usar quien desee oír Misa como la Iglesia lo ha establecido.

Se haría una obra muy digna de premio haciendo que mientras el Sacerdote dice la Misa, alguien vaya dirigiendo a los Fieles que en Ella asisten. Muy bien sería que se establecieran las Misas Dialogadas que tanto fervor inspiran, obligando a todos a unirse al Sacerdote, desempeñando así el verdadero papel que corresponde a cada uno.

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

— LE OFRECE EL —

Banco de Costa Rica

NOVELA

de punta, comenzó a tocar un fragmento cualquiera de música conocida; algo parecido a un vals, tal vez el último que había bailado con alguien en la última reunión a que asistiera antes de fallecer su padre. Le salió brillante. Sus nervios matizaban por ella, mientras deseaba con toda su alma que aquel hombre que se había apostado junto al clave como un fantasma, tuviese la buena idea de marcharse. De pronto, como si hubiera tenido lugar una transmisión de pensamiento, Carlos giró bruscamente sobre sus talones y se alejó del piano. María tuvo un loco vuelco del corazón en júbilo y a la vez... un íntimo desencanto. ¡Se había ido!... Continuó tocando tres minutos más y luego, terminando el vals con un acorde, giró sin ruido sobre el asiento del taburete escudriñando con los ojos todos los rincones del salón. ¡Se había ido! Como encadenada a un potro, siguió al piano tocando sin parar, sin saber siquiera lo que tocaba, aporreando unas veces el teclado cuando pensaba cosas absurdas y desgranando otras suaves melodías donde cantaba y gemía a un tiempo toda la ternura y toda la melancolía de su alma. Cuando se cansó, salió lentamente a la terraza, cruzóla bajo el manto de la noche sin luna y fué a acodarse sobre la balaustrada donde se alineaban tiestos de hortensias. Majestoso, un gran pavo real la cedió su sitio sobre el barandal, yendo a encaramarse encima de una pilastra coronada por un macetón donde se había secado una planta. Se oía el silbar de un tren deteniéndose o acercándose en la estación vecina; el rumor del caudalósísimo río que se despedía en pintorescas angosturas, la cántiga de un mochuelo, la estridencia monocorde de una bocina de automóvil allende el parque, por la carretera polvorienta. ¿Dónde estaba Carlos Arústegui? ¿Algo en la música le había conmovido o apenado con imprudentes recuerdos? ¿Buscaba acaso, la sombra para ocultar en ella su emoción? Pilar Acuña... María Riverdal sabía que este nombre palpataba en el ambiente... Suspi-

ró, decepcionada. Eguile asomó entonces discretamente por la puerta ventana de la inmediata biblioteca. Llevaba al brazo una cosa blanca. Se acercó a ella con paso firme pero con una actitud impregnada de respeto y se inclinó profundamente para decir con matiz casi paternal en su voz educada de viejo servidor:

—Me he permitido pedir a Margarita la capa de la señora Condesa... Las noches son traidoras en Figuerola, sobre todo en primavera, y la señora Condesa no debe exponerse a permanecer en la terraza sin abrigarse un poco.

María se estremeció, acaso de frío, al darse cuenta de que su traje escotado y con una leve manga, era de un ligero tejido y, entre agradecida y sofocada, dejó que el mayordomo pusiera sobre sus hombros la elegante capa forrada de armiño, una regia prenda regalada por Carlos.

Muchas gracias, Eguile...—balbuceó confusa.

En los ojos del mayordomo había un destello de compasión y de inquietud ante lo anómalo del momento. María enrojeció hasta la raíz del pelo con un violento rubor de orgullo maltratado, al darse cuenta de lo que estaba pensando Eguile. ¡Una novia a la cual abandona su marido el día de sus bodas!

Dejó que se marchase el servidor y continuó apoyada en la barandilla rumiando lo desairado de su situación. Fué entonces, cuando, inmóvil, en la lejanía de una fronda de magnolias y rosales, vió brillar un puntito luminoso. Muy chiquito era y muy leve su resplandor, pero lo suficiente para que a su reflejo se adivinase imprecisa la elegante silueta de Carlos Arústegui. El cigarro de Carlos. Era el cigarro de Carlos, que dejaba sola a su mujer en el día de sus bodas para entregarse en la soledad a Dios sabe qué divagaciones dolorosas. Para pensar en Pilar Acuña, se dijo María. Fué entonces cuando sintió invadirla el despecho y sublevarse el amor propio. ¿Iba a estar allí, al relente, o dentro,

en la imponente soledad del salón esperando que a Carlos le diese la gana de cortar el hilo de sus pensamientos? ¡Sumisa esclava del señor... mientras el señor añora a otra!

Sabía que la servidumbre velaba y que todos se darían cuenta de aquel abandono ofensivo del marido. Esto le resultó tan intolerable que en un arranque entró dentro del salón, salió al vestíbulo, pasó por delante del criado que paseaba arriba y abajo como un centinela y subió las escaleras casi de dos en dos, deseando no ver a nadie más. Entró en su cuarto, cansada, triste, con ganas de llorar en el regazo de alguien. Pensó en su madre... pensó, sobre todo, en la madrinita buena... Margarita, cada vez más preocupada e inquieta por el estado de cosas que adivinaba, hizo prestamente el atavío de noche de su joven señora. María Riverdal la dejaba hacer sometiéndose deshecha al tormento de soportar todos aquellos cuidados a los que en su humilde existencia no estaba acostumbrada, y cuando el gorrito de encaje aprisionó su revuelta melera y se sintió arropada por su doncella en la gran cama de bronce con suntuosa colcha de damasco, cuando la comprensiva sirvienta salió quedamente dejando el dormitorio en la semipenumbra de una discretísima lucecita velada por minúscula pantalla de un verde almendra muy suave, experimentó la sensación de alivio de quien ha terminado de ejecutar, al fin, un trabajo superior a sus fuerzas. Intentó dormir. Lejanos ruidos de puertas que se cerraban diéronle a entender que Arústegui debía estar ya dentro del edificio. ¿Qué pensaría de su fuga? ¡Bah! Le daba igual... Oyó sus pasos rítmicos y firmes por el corredor... Pasó sin detenerse por delante de su puerta... ¿para qué? Ya estaría en sus habitaciones. De pronto, María Riverdal recordó que estas habitaciones estaban unidas por un corredor muy estrecho, el cual corría por detrás de los dos cuartos de baño. ¿Estaría abierta aquella puertecita? De un salto, se echó de la cama y corrió hacia el ángulo de la grande alcoba donde, detrás de una cortina del mismo rico damasco del cubrecama, se disimulaba la puertecilla de comunicación. Stivamente alzó el pestillo... Estaba abierta. Al extremo del corredor, otra puerta igual dejaba

escapar por debajo un hilillo de luz muy tenue. Se detuvo perpleja con el picaporte en la mano. ¿La cerraría? Sabía bien que el hidalgo conde de Arústegui era incapaz de trasponer el dintel de aquella estancia aunque estuviese abierta de par en par. Pero el hecho de no cerrarla ¿no equivalía a decirle: "Puedes venir cuando quieras, yo soy tu humilde sierva y recibiré con gusto tus caricias cuando te acomode"? Todo su cuerpo vibró de orgullo sublevado, de rebeldía violenta... Y con suavidad, para que el ruido no llegase hasta las inmediatas habitaciones, dió vuelta a la llave y la guardó con gesto de desprecio en uno de los cajoncitos de un maravilloso mueble de Boule.

Al día siguiente, la camarera se quedó pensativa y cavilosa ante aquella puertecita cerrada. ¿Qué habrá pasado entre la hermosa muchacha y su guapo marido en la misteriosa noche cuyo secreto sólo ellos conocían? Pero lo más curioso del caso fué que el ayuda de cámara del conde de Arústegui quedó igualmente perplejo que Margarita ante la puerta que comunicaba las habitaciones de su amo con las de la Condesa. El estaba cierto de haber dejado la puertecilla abierta, es decir, cerrada, pero con la llave en la cerradura. Y a la mañana siguiente la encontró cerrada y sin llave.

El uno por caballerosidad y la otra por orgullo, los dos habían tenido el mismo pensamiento.

CAPITULO VII

Plomo en el ala

—¿La señora Condesa desayunará en la cama o en el saloncito?

Margarita, muy respetuosamente, aguardaba en pie la respuesta a esta pregunta mientras con mirada comprensiva observaba el perfecto orden que reinaba en la vasta pieza. Ella había servido en otras casas donde los matrimonios vivían como Dios manda y sabía perfectamente que al entrar por la mañana en las habitaciones de su señor para ponerlas en orden había tenido que recoger algunas prendas masculinas mezcladas amistosamente con las complicadas pie-

zas femeninas. Huellas del paso del esposo... Nada en esta alcoba grande, suntuosamente decorada, delataba este paso. La doncella se explicó ahora, claramente, ciertas instrucciones de la marquesa de Fajardo que en La Aparecida, al recibirlas, le parecieron un poco confusas. Sería precisa mucha discreción en ella y en el ayuda de cámara del señor de Arústegui para que primero el servicio y luego todo el chismoso vecindario del cercano pueblo, y más tarde las mil familias burguesas o aristocráticas que tenían sus casas de recreo en el valle, no hicieran chacota de la desgracia de los dos pobres muchachos. Porque Margarita no sabía lo que pasaba entre ellos, pero les veía muy desdichados.

María Riverdal se incorporó en su cama. Bajo los ojos enormes, un azulado cerco delataba la mala noche que pasó pese al cansancio y a su juventud triunfadora, amiga favorita del sueño. ¿Qué se habían hecho aquellas sus noches felices, en las cuales dormía de un tirón al arrullo del mar cercano, sin que lograsen turbar su dormir las preocupaciones económicas?

—¿Qué hora es?—dijo lanzando una mirada a través del encaje de una cortina hacia el jardín irrumpido gloriosamente por el sol.

—Las nueve.

—¡Ya!... No; desayunaré en el saloncito.

Interiormente, María reíase irónicamente al verse a sí misma envuelta en tan complicados refinamientos, cuando un mes antes discutían en su casa el precio de un vestido para ahorrarse algunos céntimos. Pero, a pesar de su repentino encumbramiento, la condesa de Arústegui no se dejaría influenciar fácilmente por la atmósfera de molicie que la rodeaba, ni sería probable que perdiese sus hábitos de actividad. ¿Desayunar en la cama? ¡Qué disparate! Tomó con delicia el baño, mientras oía hablar en las inmediatas habitaciones a su marido que, por lo visto, desayunaba también en su saloncito, como ella iba a hacerlo en cuanto estuviese vestida. Este placer del baño sí que lo agradecía y lo disfrutaba con su entusiasmo de muchacha sanota, acostumbrada al ejercicio físico. En La Aparecida, aprovechando la proximidad del mar, solía tomarlo diariamente lo mismo en verano

que en invierno con algunas de sus discípulas en una playita solitaria donde levantaron una artisitca y sólida caseta de maderos. Fué entonces, mientras ella se bañaba, cuando Margarita descubrió el misterio de la puerta cerrada. Otra menudencia acabó de convencer a la doncella de la anómala situación del matrimonio. Al preguntar qué traje de mañana debía preparar a la señora, María se encogió de hombros con solemne indiferencia.

—Me es igual. El que usted quiera.

Era la primera vez que Margarita oía decir semejante cosa a una recién casada. La discreta doncella, sin embargo, puso sus cinco sentidos en escoger para la señora un precioso vestido que le sentaba a maravilla; cuando momentos después el ayuda de cámara del señor entregábalas un billetito del Conde a través de la cámara entreabierta, hubo de confesarse al atisbar a la Condesa tranquilamente sentada ante sus tostadas y su café con leche, fresca como una flor y con aquel desbordamiento de juventud que era en ella nota característica, que el marqués de Figuerola no debía andar muy bien de la cabeza, porque la señora valía la pena; más que aquella pintada y recompuesta señorita de Acuña que de tal manera le había sorbido el seso.

María Riverdal abrió el doblado papelito sin poder evitar que un leve rubor de asustamiento le invadiera las mejillas un poco pálidas.

“Estoy a tu disposición para enseñarte la casa y sus dependencias. Me encontrarás en la biblioteca, o iré a buscarte a tus habitaciones.

Carlos”.

Esto era todo.

—Diga usted al ayuda de cámara del señor, que bajaré a la biblioteca en cuanto termine de desayunar—dijo lentamente.

Ella sabía que esta especie de inspección de sus dominios había de llegar. Era de protocolo. Tendrían que sufrirse mutuamente aún durante un par de días, pero luego vendría un discreto apartamiento y no se encontrarían sino a las horas de comer. Se levantó de la silla, requirió una magnífica piel de zorro gris que Margarita había preparado porque de salir al campo no vendría mal a causa del airecillo de Levante

un poco húmedo que se había levantado, y salió de sus aposentos por el camino ya conocido desde la noche anterior. En la biblioteca esperaba Carlos leyendo un montón de cartas y periódicos recién llegados. Al verla se puso en pie cediendo a la más elemental cortesía y fríamente, pero con el matiz de respeto que impregnaba todas sus relaciones con ella, la besó la mano. Este beso molestaba siempre a María Riverdal. Para saludo le parecía demasiado; hubiera bastado con un apretón de manos a la inglesa y como caricia era casi una burla o una ofensa dada la situación y la glacialidad que él ponía en ella. Una de tantas cosas que Carlos Arústegui hacía por imposición de las conveniencias. No le preguntó si había dormido bien, quizá porque los cercos amoratados de sus ojos le dijeron con sobrada elocuencia que, como él, María Riverdal había pasado una mala noche.

—¿Quizá sea demasiado temprano para empezar nuestra peregrinación?—preguntó vacilante.—Perdóname: tal vez te he hecho desayunar con apresuramiento.

—No. Terminaba ya cuando me entregaron tu recado. Veré con mucho gusto tu casa ya que eres tan amable que vas a tomarte la molestia de enseñármela — contestó gentilmente María, dispuesta a sacar de la situación el mejor partido posible y a dominar aquel orgullo que solía abrir frecuentes brechas en la buena armonía de su reciente amistad.

—Acaso doña Dorotea hubiese sido mejor cicerone que yo... — insinuó Carlos seriamente, pero amansado por las gentiles palabras de la joven.—Lleva cuarenta años en Figuerola y conoce como nadie todos los rincones, cosa que yo ignoro, aunque he venido con mucha frecuencia a esta casa.

—No, por Dios; no me nombres a doña Dorotea—se apresuró a protestar la Condesa.—Preferiría no ver nada si tuviese que verlo con ella.

—¿Te es poco simpática?—sonrió amablemente Carlos.—No me sorprende. A mí tampoco me resulta muy agradable y la servidumbre creo que la odia cordialmente, ¡pobre mujer!

—Adelaida Fajardo, ¿no te dijo nada?—inquirió María con cierta vacilación.

—Sí; algo me dijo madrinita; y Egúile también. Pero eso es cosa tuya. Tú eres aquí la señora con todos los amplísimos títulos que acompañan a ese título y desde luego tú harás lo que juzgues más conveniente en todos esos asuntos de orden interior que te conciernen como ama de casa—respondió gravemente Arústegui.

—¿Con la seguridad de que tú, que eres el verdadero señor de esta casa ratificarás mis decisiones?—inquirió María con cierta ansiedad.

—Naturalmente... — afirmó Carlos mirando a su mujer con sorpresa.—¿Has podido pensar otra cosa?

—No, no. Perdona. Ha sido una pregunta muy necia. Ya sé que eres un caballero.

María Riverdal no supo nunca si su marido se había sentido halagado o molesto por esta exclamación suya tan impulsiva, porque se volvió casi bruscamente de espaldas para dar un papirotazo con el periódico que tenía en la mano a un precioso abejorro de colorines que vagabundeaba inofensivamente por la biblioteca alegrando sus ámbitos con su característico zumbido que parecía gritar: "Ya viene la primavera".

—¡No lo mates!—gritó a su vez María con tan viva súplica que Carlos se volvió en redondo y se la quedó mirando intrigadísimo.—¡Es tan bonito! Y dicen que traen buenas noticias... —se excusó sonriendo.

—¡Bah!... ¿Tú crees esas tonterías?—dijo él incrédulo y desdeñoso.

—No. Realmente no lo creo, pero me alegro mucho de ver un abejorro colorado—confesó gentilmente María.

—Entonces, le perdonaré la vida, si eso ha de alegrarte... ¡Tú no sabes lo que haría yo por alegrarte, María!—exclamó Arústegui con pasión.

María se le quedó mirando con sus grandes ojos inteligentes y serenos clavados como dos puñales en la atormentada cara del marido, pero no cayó en la tentación de interpretar de cierta manera esa frase que no era sino un grito del remordimiento que torturaba la conciencia de Arústegui. La compensación; ese era el fantasma. ¿Qué compensación daría él a esta muchacha a quien el lujo y la vida vana no tentaban ni se-

ducían? María comprendió perfectamente que este era el punto negro en la vida de su esposo desde el día anterior en el cual, al recibir la bendición nupcial, se había sentido lleno de responsabilidades. Pero ella era demasiado inteligente para cometer la torpeza de ahondar en el asunto y dándole un papirotazo, ni más ni menos que como Carlos se lo diera, al abejorro, lo apartó de lado con una palabra amable, desviando acto continuo la atención del impresionable mozo.

—Por sólo el hecho de expresar ese deseo, me das ya una grandísima alegría, Carlos. Y ahora, si te parece, podíamos comenzar la peregrinación...

—Sí, vamos a comenzarla en seguida... ¿Quieres que empecemos por los jardines?

El abejorro zumbaba balanceándose alegremente en torno a la mesa de estilo español donde unas azucenas parecían tentarle desde un típico jarro talavereño. Carlos, sin cuidarse de pedir el sombrero, echó a andar hacia afuera con María al lado. El sirviente que, embutido en su librea se paseaba por el vestíbulo, no hubiera dicho jamás que aquel no era el matrimonio mejor avenido del mundo. Bajo la caricia del sol y del aire, la juventud de ambos pareció triunfar imponiéndose imperiosamente. En ya mejor armonía contemplaron las rosas y los tulipanes celosamente cuidados por "el Ratón" y se compenetraron en el entusiasmo que de los dos se apoderó a la vez al ver la maravillosa colección de camelias que obtuvo premios en las exposiciones, como refería el jardinero lleno de orgullo. Dejaron la tarea de recorrer el parque para otro día porque la Condesa se mostraba deseosa de ver la casa. En los salones grandes y suntuosos cada uno de los cuales guardaba una interesante nota histórica o artística, Carlos habló olvidando su reserva habitual y María se dió cuenta de lo sugestivo que podía ser aquel hombre... cuando quisiera. Ella le escuchaba con atención reverente, haciendo de vez en vez alguna observación o pidiendo que le aclarase un pormenor; y tan ligero y breve transcurrió el tiempo que el Conde se quedó asombrado cuando el batintín dió la primera llamada para el almuerzo. Un penoso pensamien-

to cruzó la mente de la muchacha amargándole el íntimo placer de aquellas horas de camaradería. Se dijo que sus espíritus acababan de probar que eran capaces de compenetrarse y de ser dichosos en esta compenetración. Como lo habían sido durante una mañana... ¿por qué no habían de serlo durante toda la vida? ¿Por qué no apartar el obstáculo de un tirón como Carlos había apartado el abejorro en la biblioteca? Ella estaba dispuesta a poner a este fin toda su buena voluntad... ¿por qué él se empeñaba en "no quererla"?

El almuerzo fué muy bien servido bajo la dirección de Eguile, pero ya no era el menú abundante y delicado de la víspera. La férrea mano de doña Dorotea apretaba los cordones de la bolsa... María se lo hizo notar a Carlos quien retiró su aprobación hacia las decisiones que la condesa de Arústegui creyese conveniente tomar. Por la tarde visitaron las cuadras llenas de caballos de raza que habían alcanzado premios importantes en los concursos hípicas, tomaron a las cinco el té que María sirvió con la misma soltura que si tuviese la costumbre de haberlo tomado toda su vida y cuando después de comer, ella se sentó al piano, él no salió a la terraza como la noche antes, sino que se repantigó en un sillón cercano al instrumento con el cigarrillo en la boca. Y cuando se dieron las buenas noches con mucha ceremonia en el primer descanso de la escalera (porque él recordó de súbito que se había dejado algo en el salón), ella se dió cuenta con asombro de que habían pasado juntos todo el día.

Hubo muchos como éste; días radiantes que hubieran dado a cualquiera la impresión de que el matrimonio de los cordes de Arústegui era un matrimonio muy bien avenido y que acaso hubiera llenado de ilusiones otra cabeza menos firme que la de María Riverdal. Pero esta juiciosa muchacha sabía muy bien que Carlos cumplía con un deber de protocolo, sin poner en su conducta ni un adarme de sentimiento. Huyendo ambos con exquisito tacto los temas que podían herir susceptibilidades, distraídos con la continua sucesión de cosas nuevas, hubo, en efecto, momentos durante aquellos días, en los cuales pareció que entre ellas se afirmaba un tra-

to más íntimo. Pero Margarita y Manuel (el ayuda de cámara) sabían que todo era ficticio mientras las puertecillas de comunicación no se abriesen

Adrede había dejado la Condesa para lo último la visita a los dominios del ama de llaves y cuando ya no quedó nada que ver en el viejo solar de los Figuerola, la envió a llamar una mañana por conducto de la doncella y se dispuso a librar la temible batalla. Entró en las habitaciones de la Condesa la bigotuda y brava hembra... Se detuvo indecisa en el umbral del saloncito, no porque le arredrara lo más mínimo la presencia de la insignificante muchacha a quien ella, desde la altura de su condición de persona hecha a servir a señores de alcurnia, miraba con el desprecio con que se mira a una intrusa de baja clase social, sino porque la sorprendió la profusión de camelias que adornaban los búcaros sabiamente distribuidos con exquisito arte por la elegante habitación. Estas camelias fueron siempre en Figuerola cosa sagrada. En vida del difunto Marqués nadie se hubiese atrevido a tocar una... Preciso era que el jardinero se hubiera vuelto loco para entrar a saco de aquella manera en los invernaderos. ¿Y cómo lo consentía el viejo mono de Eguile? Claro que el señor no sabía de cierto una palabra, como que no pondría nunca los pies en los aposentos de su mujer... ¡Su mujer!... Doña Dorotea se echó a reír para su colete. Margarita iba y venía por la habitación y en este momento se le ocurrió extender ante los asombrados ojos del ama de llaves un pijama masculino... Doña Dorotea tenía muy buena vista y alcanzó a ver la cifra de Arústegui bajo una minúscula corona bordada en uno de los costados de la prenda... En el colmo de la confusión, la vieja contempló el pijama como hubiera podido contemplar la cabeza de Medusa, mientras María Riverdal, sentada de espaldas a Margarita e ignorante de todos sus manejos, se preguntaba qué es lo que estaría pensando la astuta arpía para adoptar aquel aire de asombro. Porque a la Condesa no le parecía que el "sargento mayor" fuese muy fácil de asombrar por nada. Y, en efecto, el "sargento mayor" estaba en la cúspide del pasmo. ¡Un pijama del conde de Arús-

tegui en la habitación de su mujer! Eso cambiaba mucho la situación, pero con todo, ella, doña Dorotea, no se dejaría manejar por esta chiquilla que, sentada en una butaquita y envuelta en maravilloso quimono, parecía quererla taladrar con la inteligente mirada de sus ojos de mora. Doña Dorotea no sabría nunca (y María Riverdal quizá tampoco) que aquel pijama de seda color de miel había ido a parar desde las manos del ayuda de cámara a las de la doncella para que ésta zurciese hábilmente un diminuto siete que el criado había hecho sin querer en la manga al enganchársele sobre el arabesco de bronce de la cama de su señor.

María y el ama de llaves se midieron con la vista, como dos contrincantes antes de empezar la batalla. La Condesa tenía mayor aspecto de inofensiva dulzura del que tuvo jamás y el ama de llaves estaba con todos los pelos del bigote erizados. Aun antes de comenzar la lucha, sentía ya furiosos deseos de coger entre sus manos gordas y fuertes a la deliciosa criatura envuelta en la seda y el oro de su quimono japonés y darle un vapuleo como a una chiquilla malcriada. ¡Y pensar que tendría que estar bajo el dominio de esa muñeca, ella que no había conocido frenos!

—¿Tenía que decirme algo la señora Condesa?—preguntó con la más agria de sus voces plantándose delante de María Riverdal.

La muchacha tardó un poco en responder, midiendo las palabras que pensaba emplear. Pero no le dijo que se sentase, comprendiendo que con una mujer como el ama de llaves se hacía preciso desde el primer momento guardar las distancias.

—Naturalmente, doña Dorotea. La he hecho venir para decirle que tendré mucho gusto, cuando a usted le venga bien, en visitar los roperos, la cocina, las despensas y las dependencias de la servidumbre. El señor Conde quería enseñármelo todo, pero eso no es cosa de hombres y prefiero visitarlos con usted para hacerme cargo sobre el terreno de la organización interior de mi casa.

—¿Entonces, es que la señora desea ocuparse directamente de la casa? —preguntó la

vieja con el mismo aspecto de una gata rabiosa que se dispone a arañar.

—Claro que sí. Usted misma debe comprender que es una cosa muy natural—declaró María con gran firmeza.

La cara de doña Dorotea tomó un tinte cárdeno.

—La señora Condesa, naturalmente, es dueña de su casa—repuso cortando las palabras que salieron como silbidos entre sus apretados dientes;—pero la señora es demasiado joven y demasiado ignorante para asumir el mando en una casa como ésta.

María sonrió suavísimamente mostrando el esmalte de su bien cuidada dentadura.

—¿Cree usted? Sí; un poco ignorante, en efecto, porque no me he ocupado nunca sino de trabajos intelectuales, pero no me creo meo inteligente que usted y quiere decir que si usted aprendió a llevar esta casa, ¿por que no he de aprender yo?

—¿Y la señora no piensa los trastornos que este aprendizaje puede ocasionar?

—¿Quiere usted decir que las comidas sufrirían variación?—insinuó con aire cándido la condesa de Arústegui.—Precisamente anoche lo comentábamos el señor y yo. No se luce usted mucho en ellas, doña Dorotea. Quitando la de la noche de nuestra llegada que estuvo muy bien (ya ve usted que soy justa), las demás han sido tan completamente vulgares... y hasta escasas, que no están a la altura de esta casa.

—Pues, el señor Marqués, que de Dios goce, comió siempre muy a gusto con los guisos que yo disponía—protestó el ama de llaves, verde de indignación.

—Puede ser, no lo discuto. Aunque lo más probable es que el pobre señor, que era muy bueno, se conformase por no tener un altercado con usted — dijo graciosamente la muchacha.— Pero ahora las cosas han cambiado; probablemente recibiremos mucho y es menester que nuestra mesa esté bien provista. Usted me cederá el sitio y se encargará de vigilar al servicio y de cuidar la ropa. Ya sé que es usted una costurera primorosa...

—Entonces, la señora quiere disponer las comidas y ocuparse del gusto. Pues ya verá

cómo se va el dinero. Si cree que va a pasar la casa con un duro como la pasaba allá en el pueblo donde estaba de maestra..., ¿qué sabe la señora lo que es una casa como ésta?—disparó la vieja.

María palideció un poco, pero no perdió un ápice de su calma corriente. Margarita lanzó al "sargento mayor" una mirada de reprensión que la vieja simuló no ver.

—Eso no es de la incumbencia de usted, doña Dorotea—cortó con blandura, aunque toda ella vibraba de cólera.

—Y si cree la señora que va a poder manejar a la cocinera con sus maneras dulzonas y su zalamería, temo que la señora sufra un desencanto, porque Vicenta es una buena cocinera, pero tiene un genio infernal—insistió la vieja no sabiendo ya a donde agarrarse.

La risa argentina y joven de María Rivalda, llenó el claro salorcito donde las camelias ponían la regia nota de sus colores. Se estaba divirtiendo con doña Dorotea, como un gato joven con un viejo ratón. Lo peor es que el ama de llaves se daba exacta cuenta de que su insignificante señora le estaba tomando el pelo, y muy a duras penas contenía ya la violencia de su carácter.

—¿De veras? ¡Está gracioso!—dijo entre risas. — Pues anoche subió a saludarme y me pareció una mujer muy enérgica, pero muy agradable. Tenga usted la seguridad de que nos enterderemos muy bien. No creo que me falte al respeto, ni me desobedezca...

—Y si desobedeciese se la planta en la calle. Dineros tenga mi amo que no le faltará quien le sirva, ¿no es eso?—exclamó alzando la voz, el ama de llaves.

—¡Por Dios, doña Dorotea!, baje usted un poquito la voz, ¿quiere? Me molestan mucho las estridencias — dijo con mayor suavidad aún la Condesa, mientras se envolvía más cuidadosamente de lo que lo estaba en su quimono japonés. — No, de ninguna manera creo yo que haya lugar a despedir a nadie. Si todos la han obedecido a usted, que no es más que el ama de llaves, ¿por qué no me han de obedecer a mí que soy su señora? Creo que hemos hablado bastante, doña Dorotea, y espero tendrá usted

el buen sentido de colocarse en su sitio... si quiere conservar su plaza— concluyó severamente María Riverdal con repentina seriedad.

Vibró por un momento en el ambiente como una sacudida de cólera. El "sargento mayor" pasó del rojo al verde y del verde al amarillo con unas bruscas gradaciones de color... Margarita, de cara a la pared, desgranaba una risa silenciosa.

—Valdría más que la señora no anduviese con mentiras y dijese de una vez que le hago sombra, que no tiene confianza en mí y que le molestan los antiguos servidores... ¿Para qué andar con hipocresías? exclamó fuera de sí el "sargento mayor". — ¡Tanto rodeo para venir a parar en despedirme!... Pero soy yo, ¡yo!, ¿entiende la señora? Soy yo, Dorotea Fernández, la que no quiere servir a la señora... ¡Señora!... ¡Ja, ja, ja! Señora hecha de prisa... Una maestrilla muerta de hambre que si no hubiese sido por el testamento del señor Marqués, aún estaría desasnando brutos en aquella aldea. ¡Bah!, yo estoy acostumbrada a servir a señores de cuna, a señores de verdad, y no a piojos resucitados...

No acabó la frase; un violento chirrido y un fuerte empujón abrieron de par en par primero una puerta y luego otra más cercana, y en el marco de aquella misteriosa puertecilla cerrada con llave por María Riverdal, apareció el propio Carlos Arústegui. El ama de llaves enmudeció súbitamente. María Riverdal se puso en pie, recogiendo más escrupulosamente todavía el vuelo de su amplio quimono. Nunca había visto ella a su marido en una actitud semejante. Acaso, no llegó a creer jamás que bajo el frío aspecto de Carlos pudiese haber tanta pasión y tanta energía en determinado momento. Venía vestido con una bata de rica y esponjosa seda. Indudablemente oyó la voz agria del ama de llaves desde sus vecinas habitaciones y los insultos proferidos contra la mujer que (querida o no) compartía su nombre, le hicieron perder su flemática continencia, llevándole al extremo de irrumpir en la estancia de su esposa por el corredor de enlace, cuyas puertas abrió con dos vigorosos empujones. La cerradura de la más próxima colgaba medio arrancada.

—Doña Dorotea, tenga usted la bondad de ir a decir a mi mayordomo que le arregle su cuenta para esta tarde. Saldrá usted de Figuerola en el tren de las cinco..., ¿me entiende usted?

Estas palabras fueron dichas de un modo cortante y a pesar de la aparente calma de Arústegui, el "sargento mayor" advirtió con disgusto que las centellitas de la cólera danzaban en las pupilas grises. Como le importaba mucho no perder su colocación, se arrastró inmediatamente como un reptil, llorando, implorando, disculpándose, haciendo un llamamiento a la bondad de la Condesa. Carlos, asqueado, cortó toda aquella letanía de desagrazos... Precisamente Eguile le había contado ciertas cosas muy poco recomendables, la noche anterior, manifestándole a la vez el descontento de la servidumbre.

—Si el señor se pone en contra mía... — balbuceó la vieja entre dos o tres sollozos de ira.

—Retírese usted — ordenó imperiosamente Arústegui.

Salió volviéndose de espaldas groseramente al pasar junto a María Riverdal dando un tremendo portazo que hizo retemblar el tabique. Entonces, Carlos, se volvió frente a su mujer. Margarita se había esfumado discretamente. María había perdido por completo aquel continente de serenidad que mantuvo con tesón durante toda la entrevista con el "sargento mayor". Las lindas manos temblaban un poco y era de susto la expresión de sus ojos.

Esa mujer es una bestia— declaró Carlos acercándose a la muchacha.

—Hubo un momento... cuando tú entraste, en que creí que iba a pegarme—confesó temblorosa queriendo sonreír.

—Siéntate. ¿Dónde está tu doncella? Debes tomar en seguida un poco de azahar... Estás asustada.

¿Qué adorable acento este que empleaba Carlos para imponer su voluntad y qué sugestivo debía ser dejarse gobernar, obedecer los mandatos del guapo mozo! Mientras él mismo apretaba el timbre para llamar a Margarita, María se sentó en una de las grandes butacas próximas a la chimenea, pero no se atrevió a ofrecerle a él la de enfrente.

Don Ricardo Guell Yglesias

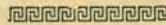
Profundamente sentido ha sido por sus numerosas amistades y familiares el fallecimiento del caballero don Ricardo Güell Yglesias, persona muy querida por sus bellísimas cualidades, honrado, recto, cumplido y gran trabajador, muy buen amigo e hijo modelo, amaba a sus padres como el mejor de los hijos.

Enviamos a sus bondadosos padres don Ricardo Güell y a doña Julia Yglesias, nuestro

más sentido pésame y le pedimos al Conrazón de Jesús que les envíe el consuelo que necesitan para soportar tan dura prueba.

También enviamos nuestro pésame a sus hermanos, tíos y demás miembros de la apreciable familia doliente.

Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de Ricardo.

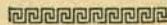


Presbo. don Fermín Boladeras

Verdaderamente sentido ha sido el fallecimiento del Padre Boladeras en todos los curatos que sirvió y principalmente en San Antonio de Belén donde lo apreciaban mucho por su celo

en bien de las almas.

Rogad a Dios por el eterno descanso del alma del Padre Fermín.

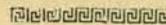


Lidia Carvajal de Víquez

Doña Lidia de Víquez fué una joven señora gala de la sociedad de San Antonio de Bellén, llena de virtud, su hogar era un modelo de hogar cristiano; bastaba ver la dulzura de su cara para comprender todos los tesoros que guar-

daba su corazón. Deja en la más profunda tristeza a su querido esposo don Carlos Víquez y a sus ocho hijitos que la lloran inconsolables.

Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de Lidia.



Luz Chavarría de Troyo

Profunda impresión de tristeza nos causó la noticia de nuestra querida ex-discípula doña Luz Chavarría Vda. de Troyo. Joven simpática y muy querida por su carácter alegre y bondadoso, deja a sus dos hijos Alejandro y Jorge a los que amaba con todo corazón en la más pro-

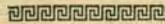
funda tristeza; pero ella seguirá velando por ellos desde el cielo.

Nos unimos de todo corazón al dolor de sus hijos y de los demás miembros de la apreciable familia doliente.

MADRE

He visto, Madre mía, he visto muchas veces
 Que el llanto humedece tus pálidas mejillas
 Y así tan triste madre, tan bella me pareces
 Que beso yo tu frente cayendo de rodillas.
 Apenas me levanto me arrojé en tu regazo
 Escucho los sollozos de tu adorado pecho
 Y siento que me estrechas a tí con dulce abrazo
 Para que mi alma sienta los males que te ha hecho
 Y allí me dices: hijo por tí tanto he sufrido
 Me has dado tantas penas; por tí he llorado tanto

Que al Dios de los amores por tí le he prometido
 Verter todas las noches ante la cruz mi llanto.
 No madre, yo no puedo dejar que por mí llores
 Perdóname si malo para contigo he sido,
 Y pídele a la Virgen que es Madre de dolores
 Escuche las plegarias de un hijo arrepentido.
 Las lágrimas ya nunca inunden esos ojos,
 Pues quiero ser por siempre para contigo bueno,
 Y al enjugar tu llanto quiero caer de hinojos
 Para ofrecerlo al Trono del Hijo Nazareno.



Los Besos de la Virgen

(FANTASIA HEBREA)

Cuando nació el Señor, recibió adoración de todas las criaturas. Las estrellas alumbraron con redoblada claridad. Los ángeles cantaron el himno más armonioso de su inagotable repertorio. Los humildes pastores cantaron y bailaron en presencia del Divino Niño cual nunca lo habían hecho. Los reyes se arrodillaron y depositaron sus coronas ante la Majestad del Recién Nacido.

Pero quien le tributó más rendidos homenajes fué su Madre. Sabía quién era su Hijo, y cada vez que le contemplaba o le tomaba en brazos para amamantarle, se deshacía en actos de profunda veneración y exclamaba: ¿De dónde a mí tanto bien que haya venido mi Señor a nacer de mis entrañas?

Y si como a Dios le adoraba cual jamás lo

ha hecho ni lo hará jamás criatura alguna; como a Hijo... ¿se lo hubiera comido a besos!

El Niño Jesús que nunca dejó de sonreír a su Madre, amaneció un día triste.

En vano le cantaban los ángeles dulcíssimas melodías; en vano la creación se queda como en suspenso para indagar la causa de la tristeza de su Dios, para remediarla. Nada hace sonreír al Niño.

La Madre se aflige: "¿Qué tendrá mi Señor y mi Hijo?" exclama entre lágrimas y sollozos.

Le canta amorosas tonadas que no consiguen alegrar a su Hechizo. Le da el pecho por si es que siente hambre, y, aunque el néctar de María es ambrosía celestial, el Niño ni toma el pecho ni sonríe.

EL CHIC DE PARIS

ACABA DE RECIBIR:

SOMBREROS, VESTIDOS PARA TE Y PARA NOCHE, ABRIGOS,

JUGUETES Y LINDOS REGALOS PARA NOCHE BUENA.

EN PERFUMERIA FINA ENCONTRARA VARIADISIMO SURTIDO

VISITENOS Y QUEDARA COMPLACIDA.

Angustiada la Madre, toma en ambas manos al que sostiene la pesadumbre del globo, y lo levanta hasta la altura del rostra de Ella...

¿Qué vió María en los ojos de Jesús? Nadie lo ha sabido. Lo cierto es que sintió estremecerse de inefable purísimo gozo su espíritu, y con toda la impetuosidad del inmenso amor que como Madre sentía, estampó un cariñoso, purísimo beso en las sonrosadas mejillas del Divino Infante.

El Niño ríe. Y de su gozo participan los cielos y se inundan los mares. El día del primer beso de la Virgen hubo extraordinarios regocijos en el cielo y en la tierra, se vistieron de flores las plantas y con alborozo inusitado los pajaritos.

Ya no cesaron los besos de la Virgen durante la infancia de Jesús. Y las dulcedumbres de ellos y sus armonías y el amor que les daba vida eran cuidadosamente recogidos por los ángeles

cortesianos de la Sagrada Familia y llevados a los alcázares celestiales.

Cuando fué coronada la Virgen en el Empíreo por Reina de todo lo creado, puso Dios en las manos de la divina Emperatriz la llave de los eternos tesoros.

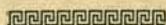
Y es Madre la celestial Tesorera. Dispensadora de todas las gracias.

Entre las más preciadas riquezas de esta Reina figuran los besos que Ella dió al Niño Jesús en la tierra y que los ángeles cuidadosamente recogían para trasladarlos al cielo. Besos que encontró convertidos en riquísimas CADENAS DE ORO brillantes más que el sol, recamados de perlas y piedras preciosas.

—¿Para qué son estas cadenas?—preguntó María a su Hijo.

—Para que ennoblezcas y santifiques con ellas a tus ESCLAVOS DE AMOR.

A. VALDES



El Cine y los Niños

Niños y cine!

Dos términos evocadores de ideas tan distintas, de imágenes tan diferentes, aparecen a primera vista incompatibles, el uno al lado del otro.

Sin embargo, el cine ha llegado a obtener tanta preponderancia en la vida del niño moderno que una revista como la nuestra no puede desinteresarse de él.

Allí acuden en busca de distracción los niños de todas las clases sociales; el rico saturado de juguetes y entretenimientos, el de la clase media que ha economizado durante la semana el centavo de la merienda para pagar su puesto, y hasta el rapazuelo callejero que, a la puerta del cine, pide desvergonzado al transeunte el medio de la entrada.

En este artículo trataremos de examinar cual ha de ser nuestra actitud frente a la nueva y avasalladora fuerza de la civilización actual.

Como toda fuerza, esta es capaz de producir lo mejor y también lo peor.

"Temible semilla del mal" la denomina Pío XI en "Vigilanti Cura" y en renglón seguido agrega: "Cuán grande y eficaz puede ser el poder del cine cuando se ejerce en favor del bien".

No tenemos derecho, por consiguiente, de prohibir a nuestros hijos el asomarse al maravilloso mirador sobre el mundo que es el cine, pero si estamos obligados a orientarlos de tal modo que sus ojos puedan únicamente contemplar desde esa atalaya paisajes luminosos y aguas cristalinas, jamás tinieblas y fangales.

Aquí comienza la dificultad para el educador.

Los programas de cine no son elaborados para niños y aun cuando la película principal se encuentre exenta de escenas inconvenientes será precedida o seguida casi siempre de cintas impropias para sus cortos años.

El noticiero presenta visiones terroríficas de muerte y destrucción: el avión en llamas, el paracaidista destrozado contra el suelo, la agonia de la fortaleza flotante y su tripulación, el

crimen sensacional en su horrible realismo.

Las actualidades y los shorts empañan sus ojos inocentes con situaciones equívocas, concursos de mujeres sin pudor, trozos de películas amorales o inmorales.

A pesar de esto las salas de cinematógrafo, tanto de la capital como del interior de la República, aparecen repletas de niños; más todavía en películas calificadas por la censura "No apta para menores" los hemos visto instalados junto a padres inconscientes por no decir más.

Es inexplicable que padres cuidadosos y vigilantes de las lecturas, las reuniones, los compañeros de sus hijos los dejen, sin pestañar, mirar en el cine con toda claridad y a menudo con toda crudeza cosas sobre las cuales no permitirían en su casas siquiera la menor alusión.

Sin duda, la atmósfera soporífica producida por la obscuridad, la música, la muelle butaca, anestesia su sentida moral y su sentido de responsabilidad paterna.

Nosotras, madres de la A. C., que queremos ser madres precavidas, de ojos bien abiertos, ¿cómo procederemos respecto al cine de nuestros hijos?

Distingamos.

Hay cine y cine, hay niños y niños.

"No se clasifica para niños" especifica con razón el Suplemento Cinematográfico de la revista de las jóvenes de A. C. argentina, y explica: "Los films que los niños pueden ver quedan al criterio de sus padres que conocen su emotividad y carácter".

En efecto, los niños de la misma edad no reaccionan de la misma manera; un film inofensivo para uno puede ser dañoso para otro.

Recientemente en una fiesta de niños del Country Club pasaban la película de Pinocho.

Al presentarse la ballena, una pequeñita de cuatro años atemorizada rompe a llorar.

Su vecinito, un niño menor, la consuela diciendo: "No llores, tonta, ¿no ves que eso es de juego?"

En la necesidad de generalizar dividiremos a los niños en dos grupos: menores y mayores de ocho años.

Para los primeros si el programa no es muy corto (media hora para los más peque-

ños, una para los más grandes) y especialmente apropiado, el cine es siempre malsano.

Impresionar vivamente una rutina y un cerebro infantil, sobreexcitar una sensibilidad frágil, cautivar la atención durante largo tiempo, mantener un niño en la inmovilidad, en las tinieblas, en el aire viciado de una sala cerrada, procura una fatiga demasiado fuerte para su organismo delicado.

No es de extrañar si esos niños salen del cine aturdidos, titubeantes, menos dóciles, más exaltados.

Para ellos el cine debe ser algo muy excepcional.

Los mayorcitos de ocho años no sufren tanto en la parte física, pero ¡cuánto peligro corren en la moral!

Preocupémonos de lo que ven nuestros hijos en el cine.

No eludamos, so pretexto de falta de tiempo, ese esfuerzo de información.

Existen, entre nosotros, organismos calificados, principalmente la J. C. F. V. que hacen en nuestro favor un apreciable y valioso trabajo de crítica de películas.

Consultemos sus fichas y apreciaciones, sigamos sus normas.

Se trata de algo muy serio, muy grave, el porvenir de nuestros hijo puede depender de ello.

Las primeras impresiones son las más vivas y duraderas: "Lo que viene en los pañales, afirma un proverbio extranjero, sale con el sudario".

El cine obra por la imagen en el espíritu de un niño.

Inconscientemente pero automáticamente esa visión se imprime en su memoria y tiende a realizarse traduciéndose un día u otro, con motivo de algún acontecimiento, en actos o gestos que nos sorprenderán como sorprenderán también al mismo niño.

Madres de la A. C. ¡alerta!

Que las imágenes que penetren en el espíritu de nuestros hijos no depositen en sus almas fermentos de vicios y de crímenes sino semillas de entusiasmo para lo bueno, heroico y bello.

Trina B. de Beauperthuy.

Fantasías del Viento

por Myriam Francis.

Viene de lejos. De todo aquello misterioso y sugerente que se llama "lejos". Bajo el cielo, oscuro terciopelo tachonado con alguna que otra estrella; sobre el mar, negro en la noche negra, apenas adornado con una fina cenefa de espuma. Trae aromas de selva, porque ha venido arrastrándose bajo las ramas, retorciéndose entre las lianas, adormeciéndose sobre los pantanos llenos de lirios. Viene saturado de perfumes de magnolias y vainilla, y trae consigo la embriaguez del trópico. Y como también viene de más lejos, algunas ráfagas huelen a pinares y a huertos de manzanos.

Y trae; desde allá lejos de donde viene, músicas que encontró al enroscarse junto a los nidos, la danzar sobre la fuente cantarina, al arrastrar consigo serenatas de amor y chasquidos de besos.

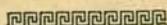
Desde allá lejos, trae el viento frescuras

de arroyuelo y de rocío. También trae ráfagas heladas que pasaron sobre interminables valles blancos de nieve.

Ahora el viento huele a algas y a yodo. Ha dado una vuelta sobre el mar. Fuese cabalgando sobre las olas salobres, y trae extrañas melodías de danzas sensuales, algún leve suspiro, un perfume que yo había olvidado.

Viene de lejos el viento. Se ha enroscado en cabelleras de ébano y en guedejas de oro, ha besado ojos azules y ha acariciado torsos de bronce reluciente. Ha suspirado en la noche buscando estrellas, y ha cantado al amanecer con todos los pájaros del mundo.

Y ahora, todo fragante, tibio y musical, pasa a mi lado, me besa largamente, y sigue en la noche negra rumbo a lo lejos, hacia todo aquello misterioso y sugerente que se llama "lejos".



La Enfermera

Tiene la enfermera ardua pero hermosa misión en medio de la humanidad. Ardua, por todo lo que de sacrificios encierra, hermosa por lo que de beneficiosa irradia de sí misma.

Su vida es un despojarse, sin cesar, de todo egoísmo; es un estar como pendiente siempre del que padece dolores en el organismo corporal y penas en el alma; es negarse la vida en quietud para que otros reposen; en suma, es esconder las propias lágrimas para que los demás lleguen a sonreír...

Lo que equivale a un desbordamiento de misericordia para la parte de humanidad que la pide, y a veces inútilmente, en lecho de dolores y de crueles enfermedades.

Es la enfermería profesión de saber y de humanidad. Y ambas cosas está obligada a poseer la mujer enfermera. O sea, conciencia exacta de su propia misión y voluntad decidida

para llevarla a cabo en medio de los incontables tropiezos que le salgan al camino para estorbárselo.

Por lo mismo, de igual manera a lo que se dice en relación con el ministerio sacerdotal podríamos afirmar que, en esta profesión de la enfermería, nadie más que las llamadas son las que deben tener acceso a ella. ¡Ay de aquellas que, sin esa vocación, entran al campo sagrado de esa sublime misión bienhechora, por capricho, por mero diletantismo o, lo que será peor todavía, por fines estrictamente mercantiles!

Siendo, como lo es, la enfermera la inmediata colaboradora del médico, con el médico habrá de tenerse que responsabilizar en su tarea de salvar vidas amenazadas, de mejorar dolencia, de aliviar dolores: y no ha de acudir a hospitales, ni clínicas ni a domicilios, sin estos conocimientos científicos, sin una verdadera preparación social, sin una firme generosidad

de sentimientos que le proporcionen su disposición a salvar enfermos y adoloridos

Insistimos en que la profesión de enfermera no sea por capricho, por azar, sino como fruto de una concienzuda preparación técnica y moral que cristalice en una espontánea inclinación a llenar sus grandes deberes.

Como puntos primordiales de esta preparación, dejamos asentados los siguientes:

1) Estudio.—Para llevar a feliz término sus funciones, la enfermera ha menester una exacta contracción al estudio, mediante cursos que la disciplinen y adiestren para el mejor resultado de su ministerio. La medicina es una ciencia; y de los jugos de esa ciencia se nutre, en su parte capital, la profesión de la enfermería.

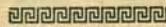
2) Educación.—La enfermera ha de estar en relación, por necesidad, con otros seres (enfermos, deudos y amigos de éstos, etc.) Y ¿por

qué causa ha de tener y mantener el rostro enurecido, el gesto distanciadador, la palabra áspera, la acción y el movimiento, reseco de la cultura y delicadeza que le exigen esas circunstancias, todas sumamente propicias? En el ministerio de la enfermería es donde ha de brillar, constantemente, el rosicler bendito de la caridad cristiana que no tiene más que gestos de maternidad espiritual.

3) Abnegación.—Es la enfermería profesión para con los demás. Y ese no pertenecerse a sí misma, representa la enfermera una vida de renunciamiento a sí misma. Ella ha de enfermarse, de una o de otra manera, con todo y cada uno de sus enfermos, a fin de que pueda sentir sus dolores y aplicar los vendajes con toda eficacia. La enfermera es una sombra de la madre cristiana.

Ana Teresa González

Caracas, noviembre de 1941.



LLUVIA...

(Cuento por María Álvarez Ríos)

Isabel apretó el paso. La fuerza que súbitamente había tomado el viento arremolinaba la hojarasca del camino y hacía zumbiar las ramas de los árboles.

La muchacha se subió el cuello de la chaqueta y siguió decidida. Ya estaba cerca de aquel caserón y allí terminaba su trabajo. Había sido muy duro llevarlo a cabo. En algunas casas la habían recibido mal, en otras la habían botado a cajas destempladas.

La senda se hizo más estrecha e Isabel trató de ir caminando sobre las lajas dispuestas en la tierra con cierto arte. De ese modo llegó a la puerta de entrada sin enlodarse más sus finos zapatos de tacón bajo.

Levantó y dejó caer la mano de metal macizo que pendía encima de una cerradura enorme y oyó el eco que producían los aldabonazos adentro de la casa.

Miró a su alrededor.

¡Qué aislamiento aquel! En todo cuanto abarcaba su vista no se veía nada más que una

llanura interminable llena de palmas canas y en algunas partes, aroma.

Caía la tarde y el sol — ese sol desteñido de los días de lluvia — hacía brillar débilmente los rieles del ferrocarril allá a lo lejos. Isabel hacía sus cálculos:

—Son las ocho menos cuarto. Si acabo antes de quince minutos tengo tiempo de caminar los dos kilómetros de camino hasta el apeadero y cogeré el gas-car.

Unos pasos lentos y pesados se oyeron en el interior de la casa y la puerta se abrió con un chirrido seco. En el umbral apareció una señora alta, de unos cincuenta y cinco años de edad, vestida modestamente. La invitó a pasar con gran cordialidad.

—¡Asombroso! — se dijo Isabel — Se comporta con la naturalidad de una persona que recibe visitas a diario. Viviendo en esta soledad debería ser más asustadiza que un venado.

—Señora — comenzó — el Comité de las Damas Católicas ha creído necesario rea-

lizar un censo católico en toda la provincia. ¿Puedo incluirla a usted en él?

—¡Cómo no! — fué la rápida respuesta. — Póngame. Yo no puedo ir ya a la iglesia porque queda tan lejos, pero rezo mis oraciones todas las noches en el altarcito de mi cuarto. ¿Quiere verlo?

Sin dar tiempo a que Isabel dijera sí o no la llevó del brazo hasta detenerse en una habitación muy amplia. Fuertes rachas de lluvia mojaban los cristales de sus dos ventanas largas.

—También tiene que inscribir allí a mi criada. Ella es sorda como una tapia, la pobre, pero más devota que yo... ¿y qué le parece mi altar? ¿No es verdad que es muy hermoso? A mí, al menos, me lo parece... ¿Cómo dice? ¿Los datos? Ah, sí. Adelaida Sáenz de Gutiérrez, de cincuenta y ocho años de edad, natural de...

La señora dejó de hablar y su mano apretó la muñeca de la joven. Isabel no escribió más en su libro de notas y levantó la cabeza siguiendo con los ojos la mirada fija y espantada de la dueña de la casa.

En la puerta de la habitación había un hombre, todo desarrapado, chorreando agua su mísera ropa. Se quitó el sombrero y lo viró hacia abajo formando un charco en el suelo.

—Buenas noches, — dijo y aquella sonrisa suya virada y displicente que dejaba ver unos dientes ennegrecidos y asquerosos hizo latir de miedo el corazón de Isabel. Ella miró a la otra mujer como preguntándole qué actitud asumir ante aquel intruso que penetraba en la casa hasta el segundo cuarto sin pedir permiso a nadie. La señora estaba erguida y serena.

—¿Qué se le ofrece? — preguntó.

—Nada, — contestó el forajido. — Acerté a pasar por aquí. Llovía tanto que entré sin pensarlo mucho.

—Hubiera llamado. Aquí no le negamos albergue a los caminantes.

El hombre siguió hablando sin escuchar a su interlocutora.

—... pero ya que estoy adentro... creo que aprovecharé mejor la visita si me dan una buena cena y... un poco de plata... ¿le pa-

rece? Deme toda la que tenga si quiere que me vaya pronto.

Había ido caminando lentamente hasta estar junto a Isabel, casi escupiéndole las palabras a la cara. Ella hubiera podido gritar. Pero era inútil. Además, el horror que sentía la paralizaba enteramente.

La señora Sáenz de Gutiérrez se dirigió a la otra puerta del cuarto con paso firme y decidido.

—¡Eh, adónde va, abuela! Quédese quieta ahí mismo! ordenó el intruso con voz aguantosa.

—Iba a buscar a mi esposo y a mi hijo para que se entienda usted con ellos, pero ya que no me permite moverme de aquí, los llamaré. ¡José! ¡Gustavo!... José!... Gustavo, hijo mío!...

A pesar de que el ladrón trataba de taparle la boca a la mujer, ella seguía gritando cada vez con más fuerza.

Se oyeron unas fuertes pisadas y una puerta que se abría.

El ladrón soltó a su presa y salió de la casa veloz como una flecha.

Por la puerta interior del cuarto apareció otra mujer. Era ella quien con sus pasos había ahuyentado al intruso. Era bajita y gruesa y usaba un delantal viejo. A juzgar por la expresión apacible de su rostro no sabía una sola palabra de cuanto había sucedido allí.

La dueña de la casa hizo la presentación en un instante.

—Juana García Menéndez, de sesenta años. Esta es mi buena criada sorda.

Antes de que terminara de hablar se oyó en el exterior un gran ruido. Era un ruido peculiar, como de un cuerpo pesado que cae de gran altura en un depósito de agua.

—¡Dios mío! ¡Me oíste! — exclamó la señora Sáenz de Gutiérrez. — ¡Me oíste! — y salió fuera de la casa.

Ya había oscurecido. Isabel, tomando uno de los faroles que hacían la iluminación fué detrás de la señora. Bajo la lluvia torrencial caminaron hasta detenerse en un terraplén que dejaba ver en partes una lámina de hierro viejo. Por una orilla quedaba visible un hueco

profundo y negro. Tenía todas las trazas de un aljibe obsoleto.

La señora se inclinó sobre él.

—Este es el tanque viejo — explicó. — Está siempre lleno de agua en esta época de lluvias. Tiene capacidad para treinta mil galones.

¡Cómo puede hablar con esa tranquilidad! — pensó Isabel estremeciéndose. Allí dentro había caído el ladrón en la huida. Todavía se oían si no lamentos, por lo menos unos como ronquidos que eran aún más espeluznantes. El chapalear del agua fué haciéndose cada vez menor hasta terminarse por completo.

La señora cogió una piedrecita y la dejó caer por la abertura. Pasaron muchos instantes antes de percibirse el chasquido leve de su caída en el agua.

—¡Está bien hondo! — dijo. Y luego, como hablando consigo misma: —Dios castiga sin palo ni piedra.

Su voz era clara, segura, pero el temblor de sus manos entrelazadas rebelaba su excitación. Conservaba su aspecto arrogante a pesar de tener las ropas pegadas al cuerpo y el pelo, mojado, cayéndole sobre la cara en mechones.

Volvieron a la casa.

Ya era hora de irse e Isabel estaba dema-

siado impresionada para hablar mucho, pero estaba también interesada en saber cómo era que los hombres de la casa no aparecían por ninguna parte.

Cogió su cartera y su libreta de notas y preguntó:

—Señora, dispense, pero... quisiera saber... Su esposo y su hijo. ¿Están durmiendo ya?

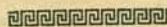
La mujer suspiró.

—Mi marido y mi hijo... los dos hombres mejores de la tierra... están durmiendo, sí. Están durmiendo el sueño eterno. Hace cuatro años, hija mía, que se murieron de tifus. Los dos... los dos se me fueron juntos...

¿Y cómo usted esta noche?

—¿Cómo los llamé? Pues, fué un ardid, que en aquel momento desesperado me sirvió para ahuyentar al ladrón. Y José y Gustavo me inspiraron desde el cielo. Sí. Vinieron a socorrerme después de muertos... Y ahora, váyase, alma mía. Váyase pronto o perderá el gas-car.

Y los ojos de aquella mujer de temple extraordinario se nublaron de lágrimas al ser tiernamente abrazada por la desconocida que viniera de parte del Comité de las Damas Católicas.



Notas sobre Metodología de Acción Católica

La Acción Católica tiene una metodología propia, exactamente ajustada al fin que persigue.

El fin de la A. C., es "restaurar todas las cosas en Cristo"; este fin que, con ser el primero en la intención es el último en la ejecución" se llama fin supremo. Antes de alcanzar este fin supremo, es preciso trabajar para conseguir los "fines particulares", como la recristianización de la familia, de la educación, de la prensa, el aumento de la vida religiosa, el triunfo de los principios sociales de la Iglesia, etc., ya que mientras no recristianicemos estas cosas no habrá esperanza de alcanzar el fin supremo, que es, como ya dijimos, la recristianización total.

Finalmente, para poder realmente "crstia-

nizar" cualquier actividad, es necesario ante todo conquistar las almas, tarea primerísima y fundamental de la A. C. Cuando las almas sean cristianas muchas cosas y finalmente todas serán cristianas.

La A. C. ha traído una verdadera "revolución" en la forma de apostolado: ya no se aspira tanto a cristianizar el individuo que fué la ambición de todas las obras del siglo XIX, sino sobre todo a cristianizar "el medio ambiente" y el "medio social" actualmente es el ambiente el que descristianiza y el individuo cristiano ve amenazada su fe y sus costumbres por la influencia del medio en que vive.

Algunos han podido decir con vriedad que actualmente no hay "clima" cristiano; la A. C. debe crearlo.

La A. C., es realmente una pedagogía de RECRISTIANIZACION SOCIAL.

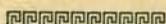
Este concepto de la necesidad de un apostolado permanente y de un apostolado social, para obtener una recristianización total debe informar todas nuestras actividades de A. C.

Tenemos a veces, tendencia a considerar que la organización y la formación son sólo medios, preparación para el apostolado que rea-

lizaremos un día y no es así, cuando nos organizamos, cuando nos formamos, estamos realizando el FIN INMEDIATO de la A. C., que es la conquista de las almas, estamos realizando uno de los FINES PARTICULARES, que es la organización de los católicos.

S. E.

("El Maestro... Te Llama", de Santiago de Chile).



La Música del Agua

por Myriam Francis.

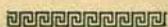
Se oye entre la floresta una música de arpas y violines de encantamiento: es el río, que corre a veces con alegría, que se desliza a veces con pereza, que se deja caer desde lo alto de una peña. Y suenan voces de flauta: el agua cae en hilillos de cristal. Y luego, más allá, hay una magnífica orquestación, cuando mil cantos sonoros se oyen al transformarse el río en estruendosa catarata. Después se va perdiendo la música del agua, confundida con la música del viento.

Aquí cerca se oyen como gorjeos de pájaro enamorado. Es un hilo de agua que corre entre un prado de violetas. Más allá la música susurra un aire lento: en el lago, a su

compás, danzan lotos y lirios una danza sagrada.

Ha empezado a llover. Es una suave melopea al caer de las gotas sobre las arenas del parque, melopea que luego se convierte en himno triunfal, acompañado de címbalos y castañuelas. Y a lo lejos, se escuchan los tambores del mar, redoblando contra las rocas.

Música del agua! Qué mago o qué hada mágica, desde lo Ignoto, dirige tus compases siempre distintos, siempre armoniosos? Música que es arrullo y es ruego; música que encierra las voces todas que encantan el oído; música que es un milagro de cristal, música del agua!



La Última Misiva

por MARIA ALVAREZ RIOS.

(de Tuinucú, Cuba).

Vestida de blanco, como un ángel bueno
está la enfermera de turno sentada
muy cerca del lecho que ocupa un herido
y él va poco a poco dictando una carta.

"Ponga, señorita, que estoy mejorando,
que ya estoy teniendo color en la cara...
que ya no me tiemblan las manos como antes
porque llevo puesta aquella chaquet
que tejieran hábiles sus manos de hada.

"¿Dicto muy de prisa?... Perdón, señorita.
Es que... me parece que el tiempo se acaba!...

"Pregúntele cuántas veces ha soñado
conmigo en las últimas pasadas semanas.
Dígale que a ratos la he sentido cerca
y he creído oírla... ¡qué dulce me hablaba!..."

"En su rostro había belleza de ángeles
y había en su voz rumor de fontanas."

"Ponga... que estoy fuerte... que no hago yo mismo
de mi puño y letra esta breve carta
porque tengo herida la mano derecha
de un rasguño leve que me hizo una bala.
Pero... ¡que no sufra!... ¡Ah, que no se inquiete!
Que sus ojos claros no nublen las lágrimas!

"Pero... señorita!... ¡Está usted llorando!...
¿Será acaso... acaso... que me tiene lástima?
¡Por Dios, yo no lloro!... Se me aguan los ojos
sólo porque... me arden con esta luz clara..."

"Ruéguele que vaya por esos lugares
en donde dichoso con ella paseaba.
En mis sueños locos mucho los visito
y ella, sin saberlo, siempre me acompaña.

"Dígale que guardo con amor sus cosas,
que cuando estoy triste releo sus cartas.
Ellas son el bálsamo bienhechor y mágico
y curan mis penas, mis penas del alma.

"Dígale que guardo aquella cintita
que ataba su pelo con divina gracia
y que su retrato que tanto he besado
lo llevo conmigo hasta en las batallas.

"Dígale que ésto... no ha de durar siempre,
y que... cuando acabe... correré a buscarla
para... ser como antes... de nuevo felices...
y olvidar... las hondas angustias pasadas."

Su voz se hizo arrullo. Casi no se oía.
Sus ojos oscuros la fiebre agrandaba.
El rostro tan pálido parecía de cera
entre la blancura de las almohadas.

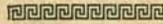
Musitando el nombre de la amada ausente,
inmóvil y fija la mirada vaga,
se durmió por siempre el joven soldado
que ofrendó su vida por la gloria patria.

Don Francisco Salazar Guardia

Muy sentido por nuestra sociedad ha sido el fallecimiento de don Francisco Salazar Guardia perteneciente a una de las más distinguidas familias de San José. Persona muy querida de sus numerosas amistades por la bondad de su carácter. Enviamos nuestro más sentido pésame a sus apreciables hijas, herma-

nas y demás miembros de la distinguida familia doliente y muy especialmente a nuestra buena amiga doña Mercedes Salazar de Millet.

Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de don Francisco.



Doña María Teresa González de Valverde

Mucho quisimos a esta inolvidable amiga nuestra, en el Colegio de Señoritas compartimos horas felices, su carácter dulce y su bondadoso corazón hacían que se le quisiera verdaderamente. La vida nos alejó, pero al final de la carrera nos volvimos a encontrar para disfrutar horas de grata y amena conversación haciendo recuerdos del pasado. La amistad sincera volvió arder con cariño intenso; desgraciadamente vino la enfermedad que había de llevarse para siempre a la querida amiga dejando inconsolables a sus apreciables hijos y a sus bondadosas hijas con la única satisfacción de haber sido hijos modelos, habiéndola rodea-

do de todo el cariño de sus corazones. Se muere, pero viven los seres queridos en nuestro corazones y ellos nos acompañan desde el cielo. No hay nada más hermoso que nuestra Religión, tiene consuelos para todos los dolores, nos hace pensar y vivir con los que se mueren y esa esperanza de volver a ver a los seres queridos que se fueron es algo tan sublime que nos consuela cuando el dolor nos hiere. Enviamos nuestro más sentido pésame a sus hijos, hermanos, sobrinos y demás miembros de la distinguida familia doliente.

Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de María Teresa.

NOTA A LOS SUSCRITORES

Recuerden que en los meses de ENERO y FEBRERO la Revista sale sólo dos veces al mes pero con el doble número de páginas.

A los suscritores que se van al campo les rogamos avisarnos al TELEFONO 3707 su nueva dirección.

SECCION DE COCINA

A cargo de doña Digna Casal de Solari, Profesora de Cocina graduada en Bruselas

CANASTITAS DE NARANJA

Tres naranjas se parten transversalmente por la mitad, se les saca el interior con mucho cuidado con una cuchara, la carne de la naranja se pasa por un colador exprimiéndola bien para que pase todo el jugo, se le agrega azúcar al gusto y un vasito de jerez dulce, se echa todo en una cacerola; se pelan dos bananos y se crotan en rebanaditas, dos melocotones conservados se cortan en tiritas y dos tajadas de piña fresca también se cortan en tiritas y se echan todas estas frutas en el jugo de naranja preparado y se pone a hervir durante cinco minutos, entonces se retira del fuego y se le agregan unas cerezas cristalizadas y picadas, con esto se rellenan las cáscaras de las naranjas y se colocan en un platón que resista el fuego; se baten dos claras a punto de nieve y se les agrega dos cucharadas de azúcar y batiendo las claras constantemente hasta que esté completamente deshecho el azúcar, con este merengue se tapan las naranjas y se meten al horno para que se doren y se sirven calientes.

ENSALADA DE NARANJA

Seis naranjas se cortan como las anteriores y se vacían, la pulpa se pasa por un cedazo, se baten 2 claras a punto de nieve y se les agregan dos cucharadas de azúcar en polvo y batiendo siempre, se mezclan con el jugo de naranja y con esta mezcla se rellenan las naranjas, se meten a la nevera y se sirven bien heladas. Si se quiere se le puede agregar una copita de licor al gusto.

CREMA DE CAFE PARA QUEQUE

Se lavan 4 onzas de mantequilla majándolas con un tenedor para extraerles toda la sal, enseguida se escurren bien para extrearles toda el agua; se bate la mantequilla con una cuchara de madera y en una fuente honda durante unos 10 minutos, luego se le agregan poco a poco y batiendo siempre unas 8 onzas de azúcar en polvo y se continúa batiendo hasta que se vea

bien fina, luego se le agregan dos cucharadas de esencia de café hecha con bastante anticipación y bien fría y se mezcla muy bien, con esta crema se rellena el queque y se cubre por encima.

SANDWICHES DE TOMATE

Se lavan dos tomates bien grandes y maduros y se parten en cuatro partes, se ponen a hervir en una cacerola con una cucharada de mantequilla hasta que estén suaves, se pasan por un colador mojándolos bien para que pase todo; a esta puré de tomate se le agrega dos cucharadas de miga de pan, dos de queso rallado, sal y pimienta; se untan rebanadas de pan de mantequilla y se meten al horno, cuando están bien calientes se sacan del horno y se cubren con la salsa preparada, se vuelven a meter al horno para que se calienten bien y se sirven.

TOMATES CON TOCINETA

Una libra de tomates bien maduros se lavan y se cortan en ruedas, se coge una tasa de miga de pan, se mezcla con perejil finamente picado, una cucharada de mantequilla, un huevo bien batido, sal y pimienta, se pone una capa de esta mezcla en un pirex untado de mantequilla, encima se ponen ruedas de tomate, y sobre estas tiritas de tocineta, se continúa así el relleno hasta concluir con todo terminando con tiritas de tocineta puestas en forma de cuadro, se tapa y se mete al horno caliente durante unos cinco minutos para que todo se caliente bien y se sirve.

PARCO COLORADO EN SALSA VERDE

Se escama el pescado, se lava y se corta en pedazos; en una cacerola se pone suficiente aceite y 4 dientes de ajos pelados y majados, cuando están dorados se sacan del aceite y se echan cuatro cucharadas de perejil finamente picado, el pescado, sal, pimienta y una cucharada de jugo de limón, se tapa y se deja cocinar a fuego lento y se sirve adornado con perejil.

ALMACEN ROMULO ARTAVIA

Depósito de todos los productos del país. Arroz, café y azúcar de todas clases. Ajos extranjeros de primera clase.

Teléfono 3058.

CLINICA DENTAL

DOCTOR PERCY FISCHER

Dentista Americano

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos en sus servicios profesionales

Rayos X

TELEFONO 3105

50 varas al Oeste de la Iglesia del Carmen

Futura Esposa...

Joven cristiana que llevas en tu corazón una llama encendida de amor puro, amor noble, amor sano y sincero; tú que aspiras a ser la dulce compañera de aquel que te ama con dignidad, que te aprecia y que quiere con su nombre darte todo su honor y gloria, que te quiere para erigirte un trono de felicidad, de paz y cariño a toda prueba; tú que piensas en la madrecita modelo, toda ternura y bondad, a tí joven que deseas debidamente contraer matrimonio nos dirigimos hoy.

Sabes que el matrimonio como simple contrato es la unión del hombre y la mujer, pero que esa unión, Dios la ha elevado a la dignidad de sacramento imprimiéndole dos caracteres: unidad e indisolubilidad. Que como sacramento produce en el que lo recibe dignamente un aumento de gracia justificante para que los casados vivan en unión y paz y reciban a su tiempo los auxilios sobrenaturales para sobrellevar las cargas de dicho estado. Que según San Agustín, uno de los efectos de la gracia del matrimonio es que los cónyuges aspiren a tener hijos y verlos renacer por el bautismo.

Futura esposa, ya que trae consigo tantas gracias y bendiciones, tan necesarias para los contrayentes en su nuevo estado, queremos aconsejarte que procures cuando te llegue la hora, recibir tan gran sacramento como lo aconseja la Iglesia. Que tú, no lo reduzcas brevemente a la Bendición Nupcial, como para llenar meramente los requisitos canónicos. Cuando te dispongas a contraerlo no te intereses tanto en el lujo de tu corte, en la celebración y pompas de

la fecha, recapacita bien el paso decisivo que vas a dar y disponte a recibirlo con alma verdaderamente cristiana, confírmalo y venéralo, haz que las promesas que lleva consigo sean más santas sellándolas con la Sangre del Hijo de Dios, por medio del Santo Sacrificio, aumenta sus gracias con la participación de la Santa Eucaristía durante la ceremonia, y sobre todo hazle conocer al mundo que para ambos el matrimonio es un gran sacramento en Cristo y en la Iglesia.

Formula estos propósitos para aquel día solemne y tu hogar será un nido de paz, de amor, de unión porque han bajado sobre él todas las bendiciones del cielo.

SALAZAR Y ALVARADO BOTICA "LA VIOLETA"

Se permiten ofrecer a sus favorecedores del vermífugo.

LOMBRICIDA

Que fácilmente se le puede dar a los niños por su sabor agradable.

Teléfono 2791

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA USTED EN LA

TIENDA DE DON NARCISO

En la TIENDA de CHEPE ESQUIVEL

Avenida Central. Esquina opuesta de
Mercado

Encontrará Usted las mejores

COBIJAS

!!Prepárese para el frío!!

Deberes en la hora presente

Una tremenda guerra, con violento choque de intereses de pasiones ha llevado la turbación a todas las mentes y los corazones. Nos hallamos en un caos de ideas y de principios. Millones de hombres y de mujeres, en todas las regiones del mundo, sufren un trágico destino.

Pero por encima de la inmensa contienda, hay felizmente una luz que brilla con destellos de eternidad: la Iglesia Católica fundada por Cristo hace dos mil años. A ella han vuelto hoy sus miradas llenas de esperanza, todos los hombres de buena voluntad.

Creemos que el mundo que ha de venir, deberá *estar impregnado de un más profundo e íntegro sentido cristiano del que hemos vivido. Por eso es hoy deber preciso de la Catolicidad trabajar por que se instaure un modo de vivir, de sentir y de actuar en Cristo, o sea, por la formación de un "carácter cristiano social"*.

Para esto necesitamos por de pronto y con

espíritu realista, vitalizar y actualizar, todas las instituciones y medios con que cuenta la Iglesia para sus fines espirituales y sociales.

EJERCICIOS ESPIRITUALES PARA HOMBRES

En las Escuelas Profesionales Salesianas
de Cartago

(Bajo la Protección de S. Juan Bosco)

Con beneplácito y la Bendición Pastoral del Excmo. Prelado Metropolitano se verificarán también este año los Ejercicios Espirituales para Hombres. Comenzarán en la tarde (7 p. m.) del día Sábado 9 de Enero, y terminarán el día Miércoles 13 (a las 7 a m.) del mismo mes.

Los señores Ejercitantes deberán dar su nombre antes del día 8 de Enero; traerán la ropa de cama. Se agradecerá a todas las personas que quieran ayudarnos con alguna ofrenda.

PIO BALDISSEROTTO S. S.

Director

CONSULTORIO OPTICO

"RIVERA"

Exámenes científicos de la vista.

LENTES Y ANTEOJOS DE TODOS

PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

GMO. NIEHAUS & C^o

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de GRECIA, Hacienda "VICTORIA"
" de Santa Ana, Hacienda "LINDORA"
" de Santa Ana, Hacienda "ARAGON"
ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.
ALMIDON, marca "Rosales", Hacienda "PORO"

Calidades insuperables

Precios sin competencia

AL POR MAYOR - AL POR MENOR

Apartado 493 — Teléfono 2131